
LA ADVERSA FORTUNA DE DON ÁLVARO DE LUNA

de Antonio Mira de Amescua (¿1574? - 1644)

Acto I

- **versos 1-352**
- **versos 353-696**
- **versos 697-1010**

Acto II

- **versos 1011-1343**
- **versos 1344-1716**
- **versos 1717-2035**

Acto III

- **versos 2036-2370**
- **versos 2371-2720**
- **versos 2721-3078**

LA ADVERSA FORTUNA DE DON ÁLVARO DE LUNA

Personas que hablan en ella:

- **REY, Juan II de Castilla**
- **ÁLVARO de Luna, privado**
- **ENRIQUE, Infante de Aragón**
- **LINTERNA, gracioso**
- **Hernando ROBLES**
- **VIVERO**
- **JUAN de Silva**
- **ZÚÑIGA**
- **CONDE de Benavente**
- **MORALES**
- **EMBAJADOR de Portugal**
- **SECRETARIO**
- **ALCALDE de Trujillo**
- **NUÑO**
- **CATALINA, Infanta de Castilla**
- **JUANA Pimentel**
- **Isabel, REINA**
- **CRIADOS**
- **SOLDADOS**
- **GRANDES de España**
- **MÚSICOS**

ACTO PRIMERO

Salen ROBLES y NUÑO

ROBLES: Seas, Nuño, bien venido
a los reinos de Castilla,
de los piélagos de oriente,
de aquellas fértiles islas
del Mar Tirreno. Después
que, capitán en Sicilia,
dejaste a España, no tienen
el estado que solían
las cosas. El rey es hombre;
a empresas grandes se inclina.
Niño le dejaste, ya
conocerle no podrías
a verle sin majestad,
y la diferencia misma
en don Álvaro hallarás.
Otro es ya; mas tanto priva
con el rey como merece.
Consérvele Dios la dicha.
Y pues la Naturaleza
se mostró pródiga y rica
en sus partes, la Fortuna
a sus pies esté rendida.
Muchos títulos no quiso,
muchos cargos, que podían
hacerle rico, no acepta.
¿Qué varón hay que resista
su mismo aumento? Éste sólo
se niega al bien y porfía
con acciones militares;
venciendo huestes moriscas
las honras quiere ganar
a que el amor le convida,
y aunque resistió gallardo
al rey de Navarra, el día
que a Castilla pasar quiso
sus banderas enemigas,
merced ninguna ha aceptado
hasta verse en la conquista
de Granada, donde piensa
dilatarse la Andalucía.
Viudo está, ya lo sabrás,
porque murió doña Elvira
Portocarrero, que fue
del señor de Moguer hija.
El rey, al fin, como sabes,
casó con doña María,
hija del rey de Aragón,
y las bodas en Medina

en las hojas, que son esfera breve,
unas listas de sangre, otras de nieve.

Cuando desnudo infante se miraba,
con un ceño arrugó la hermosa frente,
de lágrimas los ojos coronaba,
mayorazgo de Adán inobediente;
y apenas del primer borrón se lava
cuando, puesto el capillo transparente,
alado serafín nos parecía
que del trono de Dios se desasía.

El mismo, ya su rostro serenado,
a la vela se asió con tal denuedo,
que apenas de su mano la ha quitado
confuso el Arzobispo de Toledo.
Acuérdome que un ángel vi pintado
alumbrando, al hacer la cruz de Oviedo,
al artífice; hoy vi su semejante
en este cielo de quien soy Atlante.

Por edades se cuente, y no por años,
su dichoso vivir y tú le veas
conquistando los reinos más extraños,
gallardo Anquises de este nuevo Eneas.
No atienda a los mortales desengaños,
entre las garras pálidas y feas
de la muerte, hasta ver cómo desata
la prudente vejez hebras de plata.

Alégreste de ver que excede y pasa
su edad a la del Fénix matizado
que, en árabes aromas hechas brasa,
su cuna y su sepulcro ha fabricado.
En éste, ya del sol célebre casa,
de tus nietos te mires rodeado,
que con esto, señor, parecerías
al año con sus meses y sus días.

En tus armas coloque la Granada
más hermosa del mundo; Enrique sea
quien aquella república cerrada
con flor de nácar en tu escudo vea;
que agora de turbantes coronada
su pálida corteza abrir desea,
mostrando por rubís y hermosos granos
racimos de valientes castellanos.

Este pimpollo de tu ilustre copa
a Castilla dilate los extremos;
piélagos surque en atrevida popa
cuantos ocultos a los mapas vemos;
y revienten los límites de Europa
hasta que en Asia la Mayor llamemos,
a pesar de los bárbaros alfanges,
Guadalquivir al Tigris, Tajo al Ganges.

REY:

Denle el cielo y la Fortuna
esa edad y ese trofeo,
que yo lo mismo deseo
a don Álvaro de Luna.

Si el gran Filippo decía
cuando Alejandro nació,
que el cielo dicha le dio
porque en el tiempo nacía
de Aristóteles, y diestro
en la virtud peregrina

bebería la doctrina
de tan divino maestro,
lo mismo digo, que un rayo
será el príncipe temido,
pues en el tiempo ha nacido
que os podrá tener por ayo;
y aprenderá cada día
con ejemplos singulares
las acciones militares
y cristiana policía.

ÁLVARO: A tanta satisfacción
el alma se rinde ya.

REY: Condestable, bueno está.

ÁLVARO: Esas palabras no son
señor, las que os he pedido.
¿Nuestro concierto, qué fue?
¿Condestable yo! ¿Por qué,
si a los moros no he vencido?

REY: Esa modestia es bizarra,
como lo fue esa cuchilla
que retiró de Castilla
las banderas de Navarra.
Mayor victoria es vencer
un rey cristiano que un moro.
Vuestros méritos no ignoro.
Si bautizó el chanciller
a don Enrique. es razón
que le hayan apadrinado
almirante, adelantado
y condestable, que son
los cuatro oficios supremos
de Castilla. Condestable,
vuestra modestia no hable
y porque os cansáis, andemos.

Sale LINTERNA de capigorrón

ROBLES: Andar.

LINTERNA: No andar, gran señor,
deténgase, que no es río.
Atrevimiento es el mío,
pero discúlpalo amor.

Los sabios debemos ser
audaces con cortesía.
Yo soy de la astrología
el primero hombre, el primer
conocedor de los cielos;
un signo soy desatado
del zodiaco, he vagado
por trópicos, paralelos,
rumbos, climas, epiciclos,
polos, astros, horoscopos,
garamantos y galopos,
horizontes y horiciclos.

Mi fama ha de ser eterna;
luz y guía soy del hombre,
y por aquesto es mi nombre
el licenciado Linterna.

He sido levantador
de este admirable portento
al dichoso nacimiento

del príncipe, mi señor.

Saca un papel muy grande. Dáselo al REY

REY: Veráse en esta figura
cuanto le ha de suceder.
Émulo no debe ser
de su criador la criatura.
Lo que Dios ha reservado
para sí, no ha de inquirir
el hombre, ni debe oír
el pródigo y recatado
los sucesos que revela
la judicaria. Si son
adversos, dan aflicción,
su noticia desconsuela;
si son prósperos nos dan
vanagloria y confianza,
y si después hay mudanza
en los casos y no van
sucediendo de ese modo,
más nos afligen, y así
nunca estas figuras vi.
Sólo Dios lo sabe todo.

[Rómpele el papel]

Suya es la muerte y la vida;
Él alcanza lo futuro.
Ni esto es cierto ni seguro.
La ciencia humana es fallida.
Ningún pronóstico leo,
ni tengo crédito de él,
pero aunque rompí el papel,
tomad por el buen deseo.

Dale una cadena

LINTERNA: Vivas más que el que no muere,
Fénix raro; mas no es justo
adivinar sin tu gusto,
vivas lo que Dios quisiere.
Y el príncipe que ha nacido
porque España un César vea,
viva, señor, viva y sea
lo que Dios fuere servido.

Vanse. Tocan chirimías otra vez. Queda LINTERNA

Aquí que nadie me ve,
¿dónde está la ciencia mía,
embustera astrología,
que yo palabra no sé?
¿Qué mucho? En mí no comienza
este modo de engañar.
¡Linda cosa es el hablar
con ánimo y desvergüenza!
Un monstruo conozco yo,
hecho a manera de cepa,
que no hay ciencia que no sepa
aunque ninguna aprendió.

Sale ROBLES

ROBLES: Señor astrólogo.
LINTERNA: Pues,
ser astrólogo es ser loco.
ROBLES: Manda que le espere un poco
el condestable.
LINTERNA: ¿Quién es?
ROBLES: Don Álvaro, mi señor.
LINTERNA: ¿Desde cuándo?
ROBLES: Desde ahora.
LINTERNA: Es muy dichosa esta hora,
que está en la Ursa Mayor
muy retrogrado Saturno.
Nádir y Cénit están
en oposición del Can,
junto al luminar triurno.
Yo me acuerdo y muy aína
cuando no era condestable.
ROBLES: ¡Linda memoria!
LINTERNA: ¡Notable!
Tomé la jacarandina.
ROBLES: La anacardina dirá.
LINTERNA: Todo lo tomo. ¿Es dador
don Álvaro, mi señor?
ROBLES: Ya ha venido y lo verá.

Sale don ÁLVARO

ÁLVARO: Licenciado, ¿se acordó
de alzar aquella figura
que le dije?
LINTERNA: ¡Qué locura!
¡No preguntara más yo!
Pues estoy me aquí acordando
cosas que espantan, ¿y había
de olvidar lo que vusía
tanto me está suplicando?
El año de cuatrocientos
que nació dichosamente
tenía por ascendente
dos planetas turbulentos.
Marte y Venus, cada uno
por horóscopo tenía
a Mercurio y a su tía;
ya se sabe que ésta es Juno.
Mirando estaban de trino
Júpiter y los Triones;
y haciendo las direcciones
lo que juzgo y adivino
es que tiene la Fortuna
de hacer prodigios notables
con todos los condestables
dichos Álvaro de Luna.
Con desdichas y embarazos,
todos aquéllos a quien
hará en este mucho bien
le serán ingratonazos.
Dichoso en guerras será;
vencerá vueseñoría

tres batallas en un día;
treinta títulos tendrá.

Vivirá contento y falso
con la fortuna en Madrid,
Toledo y Valladolid.

ÁLVARO:

¿Y moriré?

LINTERNA:

En Cadahalso.

ÁLVARO:

¡Un lugar junto a Toledo!
¡Vive Dios!, que no he de entrar
jamás en ese lugar,
pues vivir sin verle puedo.

LINTERNA:

Y con aqueso podrá
ser un Juan de Espera en Dios,
viviendo un siglo y aun dos.
Fénix barbado será.

ÁLVARO:

¿Quieres servirme?

LINTERNA:

Sí, haré
para introducir despacio
lenguaje nuevo en palacio;
palabras inventaré
que no las hable la villa
pues conviene segregar
lo sacro de lo vulgar.
Hable la lengua sencilla
el poblachón, pero aquí
digan "reforma" vería
descrédito; "grosería"
está falsa; vive en sí
"desaciertos." ¿Lo garboso
va por fortuna aliñado
"desvalido," "aventurado,"
"desperdicios" y "lo airoso,"
y sobre "el aborrecido
y olvidado" he de mover
polvaredas que han de ser
pocas nueces, gran rúido.

ÁLVARO:

Me agrada su buen humor.
Hernando de Robles, mira.

ROBLES:

¿Qué me mandas?

ÁLVARO:

Quien aspira
a medrar con mi favor,
una cosa ha de observar
solamente.

ROBLES

Di cuál es.

ÁLVARO:

Oye primero, y después
lo sabrás. De tu lugar
te he sacado y te he traído
a mi servicio; hoy estás
en el del rey porque vas
de mi amor favorecido,
medrando más cada día
sin ser noble o principal.
Tesorero general
eres.

ROBLES:

Dé vueseñoría
dos hierros en esta frente
porque debo ser su esclavo.

ÁLVARO:

Esa modestia te alabo.
Lo que quiero solamente
es que agradecido seas,

porque me han pronosticado
muchos el ser desdichado
haciendo bien.

- ROBLES: No lo creas,
 y menos de mí, señor.
Lo que ese astrólogo ha dicho
es locura, es un capricho
procedido de su humor.
- ÁLVARO: Ve a besar la mano al rey
por la merced, que él lo quiere.
- ROBLES: ¡Mal haya aquél que te fuere
criado de mala ley!
 ¡La Fortuna le derribe;
muera preso en pobre estado!
- ÁLVARO: Solamente es desdichado
el que mal por bien recibe.
 ¿Oís, Vivero?
- VIVERO: ¿Señor?
- ÁLVARO: También cabéis en mi pecho.
Su majestad os ha hecho
ya su contador mayor.
- VIVERO: Alejandro aragonés,
nuevo César, nuevo Eneas,
católico Numa, veas
Tiempo y Fortuna a tus pies.
- ÁLVARO: Esas lisonjas no os pido;
mayores puestos espero
que habéis de tener, Vivero;
sólo os quiero agradecido.
- VIVERO: Muera, señor, despeñado
de un monte o algún balcón
el ingrato corazón
que el beneficio ha olvidado.
- ÁLVARO: Un discreto, no sé quien,
preguntado si tenía
enemigos, respondía:
"Sí, que a muchos hice bien."
 Hablad al rey, besad hoy
su mano.
- VIVERO: Tuyo seré.

Vanse los dos

- ÁLVARO: Vete a casa tú.
- LINTERNA: Sí, haré.
A mudar de traje voy,
 porque espero ser así
presto tu enemigo fiero.
Quise decirte que espero
recibir merced de ti.
- ÁLVARO: Te firmarás "Licenciado
con espada."
- LINTERNA: ¡Qué advertido!
Yo he de firmar lo que he sido
y he de hacer lo que un soldado.
 Alférez fue en Aragón.
Ordenóse. Cura era
y daba de esta manera
cédulas de confesión:
 "Ha confesado este día
conmigo el señor Tomé,

y por esto lo firmé,
el alférez Luis García."
En mi tierra conocí
otra graciosa locura.
Diferente era otro cura.
Sus cédulas daba así:
"Ha confesado conmigo
el Regidor Juan Gaspar,
y por no saber firmar
lo firmó por mí un testigo,"
y firmaba el sastre.

ÁLVARO: Ven,
que salen damas.

LINTERNA: ¡Qué estrellas!
¡Oh, quien parlara con ellas
antes! ¡Voz con moral den!

Vase LINTERNA

ÁLVARO: Mi ambición es solamente
hacer bien. ¿Qué verde planta
sobre los aires levanta
verde copa, altiva frente,
que no brinde en los caminos,
a su sombra y a sus flores,
albergue de ruiseñores,
descanso de peregrinos?
¿Ni qué fuentes naturales,
entre yerbas tropezando,
no hacen rumor convidando
a beber de sus cristales?
Sale el sol, el cielo gira;
¿qué gusanillo no alienta,
qué cóncavos no calienta,
qué no alumbrá, y qué no mira?
No seáis sólo para vos,
Álvaro, en dichas seguras,
porque esto de hacer hechuras
tiene un no sé qué de Dios.
La infanta viene; hacia aquí
me retiro. Y doña Juana,
la que aurora soberana
es del cielo para mí,
la acompaña. ¡Ay, dulce amor,
poderosa fuerza alcanzas!
Entre guerras y privanzas
no me olvida tu rigor.

Salen la infanta CATALINA y doña JUANA

CATALINA: Doña Juana Pimentel,
de este mal me han avisado;
mira si tendré cuidado,
tú me puedes sacar de él.
Habla al condestable, amiga,
favor será no pequeño,
que es el infante mi dueño
y a tales ansias obliga.
Sólo don Álvaro puede
librarme de este pesar.
Aquí está. Daré lugar

para que le hables. Quede
con los dos mi gran dolor
para que lástima os dé.

Vase la infanta

JUANA: A tu alteza serviré
como debo. (Calla Amor. Aparte
Disimula, niño dios,
si en mí pretendes crecer,
porque en dándote a entender
somos perdidos los dos.
Si hablas en esta ocasión,
me darás, Amor, enojos.
No te asomes a los ojos;
vive allá en el corazón).
Don Álvaro,...

ÁLVARO: Apenas creo
que en tu voz mi nombre oí.

JUANA: ¿Esto es imposible?

ÁLVARO: Sí,
tanto como mi deseo.

JUANA: A su alteza le dijeron
que al infante de Aragón
previenen una traición
hombres que mal le quisieron,
y que a don Pedro, su hermano,
y a él pretenden dar muerte.
El aviso ha sido fuerte;
no será el recelo vano,
que como el infante mueve
alborotos en Castilla,
no pienso que es maravilla
si el engaño se le atreve.
Los dos a caza han salido
y aunque el rey lo haya mandado,
sacadnos de este cuidado,
don Álvaro, yo os lo pido.
¿Dónde vais sin responder?
Volved acá, condestable,
dadme lugar a que os hable.

ÁLVARO: ¿Dónde he de ir? A obedecer.
Órdenes que a mí me da
gusto de vueseñoría
no admiten réplica. Mía
es tanta la causa ya
que aunque es gloria estar oyendo
y es deidad estar mirando
lo que el alma estima amando,
quiero más, obedeciendo,
ausentar y ser despojos
de esa dicha; porque es justo
que me arroje vuestro gusto
de la gloria de mis ojos.

JUANA: Impedid una traición
y a la infanta este pesar.

ÁLVARO: ¡Qué bueno fuera llevar
para esta empresa un listón
verde de un pecho crüel!

Tiénele ella en el pecho

JUANA: Y su alteza no da cuenta
de esto al rey, por si él intenta...
ÁLVARO: Fuera para mí laurel
el verde listón, que diera
envidia a Césares.
JUANA: Yo
pienso que él no lo mandó.
ÁLVARO: La misma esperanza fuera
y fuera abismo de glorias.
JUANA: En Castilla no es razón
matar a Enrique a traición.
ÁLVARO: Yo porfío. Dos historias
son las nuestras, pero veo
que diferentes han sido.
JUANA: Yo os hablo en esto que os pido.
ÁLVARO: Y yo en esto que deseo.
JUANA: Digo, al fin, que ambos veremos
dicha en esto, aunque distinta.

Andando a la puerta

ÁLVARO: Pero en esto de la cinta,
¿qué tenemos?
JUANA: ¿Qué tenemos?

Vuelve el rostro

Una empresa porfiada,
locura en que un hombre dio.
ÁLVARO: Ya me contentara yo
con no veros enojada.

A la puerta

JUANA: Si a partido os dais, yo intento
volver con piedad los ojos;
digo que voy sin enojos.

A otra puerta

ÁLVARO: Digo que yo me contento.

Vanse los dos. Salen el INFANTE y un CRIADO, de caza

INFANTE: Este bosque rodeado
de las ondas de Pisuerga,
de quien las silvestres flores
aprende la primavera,
suele divertirme a ratos
del cuidado o la tristeza,
porque la caza arrebató
todas las pasiones nuestras.

CRIADO: De ella dicen...

INFANTE: No me digas
que es imagen de la guerra,
que es vieja civilidad
y me cansa.

CRIADO: ¿Y si dijera
que es inclinación real
y las delicias honestas

de los príncipes?
INFANTE: Dirías
cosa ordinaria más cierta.
Los monteros, ¿dónde están?
CRIADO: Siguen diversas veredas.

Está uno a la puerta con una máscara

INFANTE: ¿Quién es ése?
CRIADO: Alguna guarda.
INFANTE: Entremos por la maleza
de sabinas enlazadas
con hermosas madre selvas.

Vanse, y salen los que pudieran con máscaras

PRIMERO: Guarda del bosque ha pensado
que soy. Salid y, cubiertas
las caras, como quien tiene
recelo, si no vergüenza,
haremos lo que nos mandan
los señores que desean
el sosiego de Castilla
matándolos.

SEGUNDO: Si lo ordena
el rey así...

PRIMERO: No lo creo.
No son acechanzas éstas
de quien es su primo y rey;
no vengan de esta manera
grandes reyes sus enojos.

SEGUNDO: ¿Y los demás?

PRIMERO: Ya rodean
el bosque, también cubiertos
los rostros, porque no puedan
escaparse de unos u otros.

SEGUNDO: ¿Cuántos somos todos?

PRIMERO: Treinta,
conjurados a morir
sin que la traición se sepa
de nuestras lenguas.

SEGUNDO: Aquí
me parece que es la senda
donde vendrán a parar.
Aquí espadas y ballestas
le darán la muerte.

Sale don ÁLVARO con media máscara y hace señas
que se retiren

PRIMERO: ¿Quién
es aquéste que por señas
retirar nos manda?

SEGUNDO: Alguno
del otro puesto. Cabeza
será de la otra cuadrilla,
pues con máscara se muestra
ordenando nuestro intento.

ÁLVARO: Silencio, amigos, y alerta
a mi aviso.

PRIMERO: Aquí esperamos.

Reconoce bien.

Sale el INFANTE

INFANTE: No esperan
los gamos, ni aun los conejos.
Y aun es novedad que teman
hoy tanto.

ÁLVARO: Señor infante,
salga del bosque, tu alteza,
por esa parte que el río
con murallas de agua cerca.
Suba luego en su caballo,
porque darle muerte intentan
aquellos hombres que mira,
mejor diré, aquellas fieras.

INFANTE: ¿Y sabéis quién los envía?

ÁLVARO: No, señor. No se detenga
vuestra alteza; huya en tanto
que yo con maña o con fuerza
los entretengo.

INFANTE: El caballo
ha quedado, amigo, fuera
del bosque, y el ancho río
por aquí no se vadea.
Mal podré escaparme.

ÁLVARO: ¿Mal?
Pues, señor, ánimo y mueran
los traidores, o muramos
los dos en vuestra defensa;
aunque primero he de ver
cuánto el artificio pueda.

Hace señas que se vayan

PRIMERO: Que nos vamos dice; creo
que nos engaña.

SEGUNDO: Quién sea
no sabemos, y el infante
está solo. No se pierda
la ocasión. Acometamos.

ÁLVARO: Si la maña no aprovecha,
apelemos a la espada,
señor, la dicha de César
va con vos.

INFANTE: Y aun el valor
según bizarro te muestras.

Riñen

PRIMERO: Un rayo del cielo ha sido
quien le ampara; resistencia
es invencible. El huir
agora nos aprovecha.

Vanse

INFANTE: La vida, amigo, te debo.
¿Quién eres?

ÁLVARO: Quien no desea
paga de aqueste servicio.

INFANTE: Descubre el rostro.
ÁLVARO: No quieras obligarte a nadie.
INFANTE: Amigo, en esto, ¿qué me aconsejas? ¿Iré a palacio?
ÁLVARO: ¿Pues no?
INFANTE: Temo que mi muerte intentan el rey y su condestable; y así me he de ir a Villena.
ÁLVARO: Cuando me importa el honor se acabaron las finezas de no darme a conocer. No imagine vuestra alteza

Descúbrese

que mi rey ni el condestable muerte ni mal le desean.
INFANTE: Álvaro, dame los brazos. ¿De quién Enrique pudiera sino de ti recibir la vida? Tuya es mi hacienda, mi honor, mi vida, mi alma.
ÁLVARO: Sólo quiero que agradezcas mi voluntad, porque yo hago bien sólo con esta ambición.
INFANTE: Tú me casaste, tú me das la vida. ¡Quieran los cielos...!
ÁLVARO: Que no me pagues como suelen todos.
INFANTE: ¡Ea, deja tal desconfianza! Otra vez, bien se me acuerda, te di la mano y palabra de ser tuyo.
ÁLVARO: Vuestros sean los reinos de Asia, señor.
INFANTE: Y tuya la fama eterna. a Ocaña quiero partirme, que mi pecho no sosiega.

Danse las manos

ÁLVARO: Adiós, don Álvaro. Él vaya, gran señor, con vuestra alteza.
INFANTE: Tu amigo soy.
ÁLVARO: Yo tu esclavo.
INFANTE: No temas que ingrato sea.
ÁLVARO: Sí temo, porque eres hombre y es tal su naturaleza.

Vanse. Salen el REY y tres GRANDES con un memorial

PRIMERO: A un reino conmovido, ¿qué prudencia de rey ha resistido? Y más, cuando es justicia lo que el común pretende y no malicia.

SEGUNDO: Señor, el reino intenta,
no en modo descortés ni acción violenta,
que se ejecute luego
para bien de Castilla y su sosiego
lo que aquí se contiene,
que cuando injusto fuera, te conviene.

PRIMERO: En justa razón hallo
que importa más un reino que un vasallo;
y cuando tal importe,
salga cualquiera de tu ilustre corte.

REY: Yo lo veré despacio.

PRIMERO: Eso no puede ser. Aquí en palacio
el cumplimiento esperan
los grandes de Castilla.

REY: ¿Qué ver quieran,
de la envidia llevados,
los vasallos leales desterrados?

SEGUNDO: No es rigor conveniencia
que a tus reinos importa.

Vanse

REY: ¿Qué paciencia
tendré correspondiente
a la pasión colérica que siente
el alma? ¡Ah, quién hiciera
lo que un rey de Aragón y ejemplos diera
de justicia y rigores
cortando en el jardín todas las flores
que empinaran el cuello!
Simple era el monje rey; sabio fue en ello.
¡Ah, quién hiciera agora
lo que mi padre, que en los cielos mora,
quitando a éstos el brío!
Mas no es agora igual el poder mío.
¡Qué de mi corte y casa
destierro yo a don Álvaro! ¿Esto pasa?
Confuso estoy. ¡Qué pida
el reino tal crueldad, si de mi vida
es la mitad! ¡Ah, cielo!
El consejo me falta y el consuelo.
Si no les satisfago
su envidia torpe, mi poder deshago;
si a don Álvaro pierdo,
ni soy dichoso rey, ni amigo cuerdo.
Mas cuando al cumplimiento
de este destierro venga, ¿con qué aliento
si amor no da licencia,
podré notificarle la sentencia?
¿Cómo mis propios labios,
si bien le quieren, le dirán agravios?

Sale doña JUANA

JUANA: La reina, mi señora,
espera a tu majestad.

REY: Dame agora
valor y aliento, Juana,
que no puede mi lengua ser tirana.
El reino me ha pedido
lo que en este papel verás, y ha sido

tanto su atrevimiento,
que sin fuerzas me deja y sin aliento
con que palabra alguna
decir pueda a don Álvaro de Luna.
Caso tan impaciente
de ti lo escuchará más dulcemente;
dile tú lo que pasa:
el reino le destierra de mi casa,
y yo, por no perdello,
forzado de los grandes vengo en ello.

JUANA: Señor, ¿cuándo las damas
secretarios han sido? ¿A mí me llamas
para intimar sentencia
que la envidia escribió con tal violencia?

REY: Sí, Juana, porque es bueno
que al amigo se dé dulce el veneno;
cuando es la causa fuerte,
piedad suele tener la misma muerte.
Mi grave sentimiento
se templá, y el rigor de su tormento
a menos mal provoca
oyéndolo del aire de tu boca.

Siéntase el REY

Él viene; aquí me empeño
en un grave dolor; yo finjo sueño
por no ver su semblante;
verle no quiero y quiero estar delante.
¡Quién durmiese de veras
por no escuchar palabras lastimeras!

JUANA: Si para tanta crueldad
al rey le falta el valor,
¿cómo ha de hacer el Amor
lo que teme la amistad?
Faltábame a mí piedad
para dejar de sentir
lo que no osaré decir;
mas si lo pude leer
sin morir, bien podrá ser
que lo diga sin morir.

Sale don ÁLVARO

(Excusa el rey su dolor
y a mí me le da doblado;
que la amistad no ha alcanzado
las finezas del amor.
Si yo estimo el resplandor
de esta luna, aunque advertidos
se recaten mis sentidos,
o ya honestos o ya sabios
¿cómo han de poder mis labios
dar veneno a sus oídos?)

Aparte

ÁLVARO: (¡Durmiendo el rey, y leyendo
con turbación un papel
doña Juana Pimentel!
Novedades estoy viendo.
Cuando en mí mismo no entiendo
si es cuidado o si es temor,

Aparte

¿qué mucho que sin valor
mis ojos estén inquietos
si ven juntos sus objetos,
la privanza y el amor?)

JUANA: Condestable.

ÁLVARO: No despierte
la voz al rey; hable paso,
vueseñoría.

JUANA: (Si en caso Aparte

tan riguroso y tan fuerte
en hielo no se convierte
la voz, ¿cómo puede hablar
paso la que quiere dar
voces, que remedio son
para echar del corazón
tantos siglos de pesar?)

Don Álvaro, desdichado
fuera el hombre a no tener
alma inmortal y a no ser
un bosquejo trasladado
del mismo que lo ha criado
porque excedido se viera
de los brutos, de una fiera,
o un pajarillo pequeño,
y siendo el hombre su dueño,
miserable animal fuera.

Y es su excelencia mayor
digna que se estime y precie,
que los brutos de una especie
tienen paz, tienen amor
entre sí y se dan favor,
y sólo el hombre es crüel
con el hombre, porque en él
nunca hay paz, y siempre lidia.
Rasgos son de humana envidia
las letras de ese papel.

Dale el memorial

ÁLVARO: (Déjame tan prevenido Aparte
que ya es fuerza que al leer
el rayo no venga a ser
tanto como el trueno ha sido).

Lee

"Señor, el reino ha advertido
que don Álvaro pretende
mandarlo todo." Él ofende
mi intención y mi lealtad.
No dice el reino verdad;
mas la envidia, ¿qué no emprende?

Lee

"Causa ha sido su ambición..."
¿Ambición es fe sencilla?
"...que nos den guerra en Castilla
los infantes de Aragón,
y así muchos grandes son
de su parte, por lo cual

en conveniencia real
que el condestable no esté
en la corte." Mayor fue
el temor del mal que el mal.

Letra de Robles parece...
¡Vive Dios, que es de su mano!
Quien hace bien a un villano,
quien a un traidor favorece,
esta ingratitude merece.
Mas, ¿qué mucho, si en aquel
divino y santo vergel
labró Dios una figura
que, en mirando su hermosura,
se rebeló contra Él?)

Mi señora, cuando importe
al rey, mi señor, mi ausencia,
no es más agria esta sentencia.
España será la corte,
y a los piélagos del norte
me pasaré, al mar profundo
que ve el Ponto sin segundo;
o por ver si verdad fue
que hay antípodas, me iré
buscando otro nuevo mundo.

REY:

Sois ingrato y desleal
a mi grande amor. ¿Así
sentís el dejarme a mí?
¿Cosa que llevo tan mal
que aun el ánimo real
me ha faltado, ¡vive Dios!,
para decíroslo? ¿Ah, vos
sentís alegre y cortés?
No, condestable, no es
amistad la de los dos.

ALVARO:

Rey y señor, si el no verte,
supuesto que es mi desgracia,
fuera perder yo tu gracia,
éste fuera trance fuerte,
sombra y líneas de la muerte.
Esto sí fuera sentir,
esto sí fuera gemir,
esto sí fuera llorar,
esto sí fuera rabiar,
esto sí fuera morir.

Pero importando al sosiego
de tu reino mi partida,
atropéllese mi vida,
muera o ausénteme luego;
que aunque con el alma llevo
a sentir tu ausencia yo,
aquél que honrado nació
y sus costumbres ordena
siente el merecer la pena,
pero el padecerla, no.

Bien sabe tu majestad
que no soy merecedor
de este envidioso rigor,
porque a ser esto verdad,
¿qué paz, qué amor, qué piedad
hallara yo en tu semblante?
Pero a un ánimo constante

no ha de turbar ni mover
la envidia, que ha de tener
las finezas del diamante.

REY: Condestable, yo no soy
tan filósofo moral;
vuestra ausencia llevo mal,
tristeza al semblante doy.

ÁLVARO: Rey mío, esforzando estoy
lo que el alma calla y siente.
Sabe Dios si estando ausente
yo sentiré más dolor,
porque en materias de amor
es más tierno el más valiente.

JUANA: (Y quien oye a la amistad Aparte
hacer aquestos extremos,
¿qué siente? Disimulemos,
Amor, tirana deidad
de la humana libertad).

ÁLVARO: En Aillón me estaré yo.

REY: ¿Es tuyo? Pienso que no.

ÁLVARO: ¿Tu merced olvidas?

REY: ¿Quién,
si es amigo, hombre de bien,
se acuerda de lo que dio?

ÁLVARO: Sólo se debe acordar
quien ve que el que lo recibe
desagradecido vive.

REY: Tu ausencia dará lugar
a que pueda sosegar
esta envidiosa porfía.
Escríbeme cada día.

ÁLVARO: ¡Cómo pudiera vivir
callando sin escribir
afectos el alma mía!

REY: ¿Y qué tiempo estaré yo
sin vernos?

JUANA: (¡Amor extraño!) Aparte

ÁLVARO: Un año.

REY: Siglo es un año,
Condestable. Un año, no.

JUANA: (Con mi lengua misma habló). Aparte

ÁLVARO: Medio estaré.

REY: No han de ser
sino tres meses.

ÁLVARO: Hacer
tu voluntad determino.

REY: Y toma para el camino
el ducado de Alcocer.

ÁLVARO: Beso tus pies.

JUANA: (¡Quién le diera Aparte
el favor que me pedía!
Modo falta, no osadía,
que ya siento de manera
su ausencia, que le dijera
lo que el rey. ¡Ah, listón verde!
¡Qué dulce ocasión se pierde
de que vos suyo seáis,
para que allá le digáis
que si amó, de mí se acuerde!)

ÁLVARO: Viviera fuera de mí
a no haber de verte presto,

y podré decir con esto
que te deajo a ti por ti.
Tu quietud pretendo así.
Vive en paz. Reina, señor,
sin este inquieto furor
y aquél que servirte sabe,
ya que en tu corte no cabe,
quepa al menos en tu amor.

REY: Ese ha de ser inviolable.

Píldades sois de mi gusto.

ÁLVARO: Di Mecenas con Augusto.

REY: Abrazadme, condestable.

ÁLVARO: Calle Alejandro, no hable
su privado Efestión.

JUANA: (Amor me da la ocasión) Aparte
¡Ea, modestia importuna,
sirva de rayo a esta luna
la plata de este listón!)

Abrázanse el REY y don ÁLVARO. Da el listón
doña JUANA a don ÁLVARO

(¡No me vio el rey!) Aparte

ÁLVARO: Juraré
que, al tocar tus brazos yo,
dos favores recibió
un alma, un pecho, una fe.
¿Qué esperanza no tendré,
si en tus brazos merecí,
si con ellas recibí
el favor más eminente
que al sol coronó la frente
de topacio y de rubí?

REY: Adiós, Álvaro.

ÁLVARO: Sin dos
almas voy.

REY: Tenga mañana
cartas.

ÁLVARO: Adiós, doña Juana.

JUANA: (Responder no puedo). Aparte
Adiós,
condestable.

REY: ¿Cómo vos
no me miráis?

ÁLVARO: No me atrevo.

REY: Mucho os amo.

ÁLVARO: Mucho os debo.

JUANA: (Mucho callo). Aparte

REY: ¡Qué dolor!

JUANA: (¡Qué cuidado!) Aparte

ÁLVARO: ¡Qué temor!

REY: Triste voy.

ÁLVARO: Pesares llevo.

Vanse los tres, cada uno por su puerta

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen don ÁLVARO y LINTERNA

LINTERNA: Gracias a Dios que te veo
volver a la corte ya.

ÁLVARO: ¿Qué hay de nuevo por acá?

LINTERNA: Hay un general deseo
de verte en los corazones.
Lo que pasa, Alá saber.

ÁLVARO: Si máscaras suelen ser
lisonjas y adulaciones
que nos cubren el semblante,
¿quién verá lo verdadero?

LINTERNA: No quedará caballero
que no salga de portante
a recibirte, por verte
de su rey favorecido.
De él se cuenta que ha sentido
más tu ausencia que la muerte
de la reina.

ÁLVARO: Calla, necio.
Sentimientos y cuidados
de los reyes son sagrados,
de tal deidad, de tal precio,
que no los ha de juzgar
la plebe, ni discurrir
sobre el obrar y sentir
de su rey. En lo vulgar
te pregunto, ¿qué hay de nuevo?
Deja aparte lo sagrado.

LINTERNA: Si de eso me has preguntado,
poca estimación te debo.
Sabe que tienes de hallar
monstruos que en la corte espantan.
Yo vi músicos que cantan
sin hacerse de rogar;
yo vi sana a una ramera,
yo vi celoso un marido,
un culto que se ha entendido
y un calvo sin cabellera;
una vieja sin gruñir
y sin fingirnos cuidado,
y una moza que ha hablado
tres palabras sin pedir.

ÁLVARO: Ya disparatas, no espero
que tu gusto me entretenga.

LINTERNA: Juan de Silva viene.

ÁLVARO: Venga,
que es honrado caballero.

Salen SILVA

SILVA: Déle, señor, vueselencia
a éste, su hechura, los pies.

ÁLVARO: Juan de Silva, amigo, ¿qué es
"excelencia"?

SILVA: Es diferencia
que inventó la cortesía
para que entre los señores
se conozcan los mayores.

ÁLVARO: ¿No bastaba "señoría"?

SILVA: Ya así a los grandes se dice.

ÁLVARO: Acepto el tratarme así,
como no comience en mí,
que un privado es infelice
con el pueblo cuanto suele
ser dichoso con su rey.
Sin el freno de la ley
le murmuran, aunque vele
sobre sus mismas acciones
y se ajuste a la razón.

En mí llaman ambición
el recibir galardones
de las manos liberales
de mi rey; pero, ¡paciencia!

SILVA: ¿Y cómo está vueselencia
detenido aquí en Cigales?

ÁLVARO: Hasta ver segundo aviso
de su majestad, a quien
mi llegada escribí.

SILVA: Bien
su prudencia estimó y quiso
su majestad.

LINTERNA: Por la arena
corriendo aprisa aunque suden,
mientras sienten miel, acuden
zánganos a la colmena.

Cuando al destierro saliste
eras colmena vacía,
poca gente nos seguía;
pero ahora que volviste
a la corte y al amor
del rey, te van aplaudiendo.
Vélos, señor, conociendo;
vélos marcando, señor.

Salen ROBLES y VIVERO

VIVERO: Vueselencia dé los pies
a sus criados.

ROBLES: Y sea
bien venido, pues desea
Castilla, por su interés,
esta dichosa venida
con que a mí el vivir me dais.

ÁLVARO: Como vos la deseáis
sea, Hernando, vuestra vida.

ROBLES: Sí, señor.

ÁLVARO: (Sí, lo sería Aparte
si yo vengativo fuera).

ROBLES: La corte alegre os espera,
y hoy miramos alegría
en el semblante severo
del rey. Plebeyos y nobles
aclamándoos están.

ÁLVARO: Robles.

ROBLES: ¿Señor?

ÁLVARO: Preguntaros quiero

Saca un papel

si esta letra conocéis.
(La cólera y la razón Aparte
nunca sufren dilación).
Ni os turbéis, ni la neguéis.

ROBLES: Confieso que la escribí,
pero, señor...

LINTERNA: ¡Qué no hay "pero!"

Vos sois lindo majadero.

ÁLVARO: Y yo aquel villano fui
que la serpiente abrigó;
que muerda no es maravilla.

ROBLES: Los señores de Castilla,
sin tener la culpa yo...

ÁLVARO: Bueno está, no deis disculpas,
que ya sé que en vuestra casa
dos juntas hizo la envidia
de mis émulos. ¿Qué causa
os he dado para ser
escritor de las palabras
que este memorial contiene,
mentirosas y villanas?
¿Por haceros bien y honraros
merezco vuestra desgracia?
Una de dos: o tenéis
de confesar que vuestra alma
es ingrata y sois traidor,
o que merezco la infamia
de este papel; porque vos,
siendo una persona baja,
no habéis merecido nunca
las mercedes soberanas
de mi rey, y me castigan
por haber sido la causa.
Que escriben los naturales
admirables alabanzas
de brutos agradecidos,
y el hombre, imagen sagrada
de Dios, apenas lo sea.
Que de las azules garras
de una serpiente librase
a un águila hermosa y parda
un piadoso labrador,
que a coger las ondas claras
llegó de una fuentecilla,
y luego al beber el agua,
el águila, agradecida,
le derribó con las alas
el vaso, porque el veneno,
que el labrador ignoraba
y vomitó la serpiente

sobre la líquida plata,
no le matase. Que un hombre,
en los desiertos de Arabia,
sacase una aguda espina
a un león cuando bramaba
estremeciendo los montes
y derribando las palmas
de dolor, y que después,
saliendo este hombre a la plaza
de Roma, echado a las fieras,
aquella bestia inhumana
reconoció agradecida
al bienhechor, y a sus plantas
se postró, siendo muda:
"Aquí mis dientes no matan
al que la salud me ha dado;
su defensa soy y guarda."
¡Qué confusión! ¡Qué vergüenza
de los hombres! ¡Qué pensabas
cuando estas letras hacías,
menos que fiera, si agravias
con villana ingratitude
la naturaleza humana,
pues el águila y león
te enseñan y te aventajan?
¡Vive Dios!, que a tal traición
no hay condición recatada,
no hay prudencia, no hay paciencia,
todo es ira, todo es rabia.
Pudiera darte la muerte
el acero de esta daga,
mas quiero que sepa el mundo
que mi razón no te mata
porque me hiciste una vez
un gusto, y así mi alma
quiere ser agradecida,
no acudiendo a la venganza
por darte ejemplo con esto;
que las piadosas entrañas
del hombre noble perdonan,
por un servicio, mil faltas,
y es mejor agradecer
el corto bien que se alcanza
que vengar muchas injurias,
que uno da honor y otro agravia.
Acuérdome que dijiste:
"Muera en prisión triste y larga
quien no fuere agradecido."
Persígante tus palabras;
vete en paz; sigue tu estrella.
Tú, Vivero, en esta causa
toma ejemplo y escarmienta;
y si mi piedad te engaña,
advierte que no está siempre
nuestra cólera enfrenada,
que algunas veces se suelta
y la paciencia nos falta.
LINTERNA: Señor, el rey de Castilla,
de León y las montañas,
de Toledo y de Sevilla,
el príncipe de Vizcaya,

el hijo de don Enrique,
el soberano monarca,
el nieto del rey don Juan,
el primero hombre de España...

ÁLVARO:

¿Qué dices, bestia?

LINTERNA:

Que viene,
si mis antojos no engañan.
Suya es aquella carroza;
ya llega cerca, ya para,
ya levantan el estribo,
ya sale fuera, ya aguarda
que a sus pies llegues. Camina,
que tu dicha te acompaña.

Sale el REY, de camino y acompañamiento

REY: Álvaro, amigo.

ÁLVARO:

¿Señor?
¿La corona castellana,
el blasón de Europa sale
de su trono y de las aras
de su deidad, y recibe
con honras extraordinarias
sus hechuras?

REY:

Condestable,
en mi edad, si bien no larga,
nunca tuve mejor día.

¡Oh, cuánto ver deseaba
tal amigo! ¿Cómo vienes?

ÁLVARO:

Alegre, como quien halla
tantas honras y mercedes
y rey que un amor me paga
tan inmenso y tan profundo,
que la luz hermosa y clara
era sombra de la muerte
en su ausencia. En las bizarras
manchas del cielo y estrellas
sólo de noche miraba
con memoria de mi rey.
La corona de Ariadna,
entre los confuso sueños,
como no está ociosa el alma,
me representaba especies
de algunas cosas pasadas
entre los dos; y si acaso,
entre horrores y fantasmas,
se turbaba el sueño, todo
era ver águilas pardas
y leones, por ser reyes
de los brutos. Y aun hallaba
basiliscos, animales
que reyes pequeños llaman,
porque traen una corona
de reyes, verdes y blancas.
Si a divertir mis pesares
salí a las verdes campañas,
sólo el hermoso granado
los ojos me conquistaba;
porque entre ramos de murta,
y entre las flores de nácar,
como un monarca del campo

da su fruta coronada.
 REY: Yo, amigo, podré decirte
 que la luna contemplaba
 muchas veces cuando hermosa
 hurta al sol rayos de plata,
 por ser tu nombre, y decía:
 "Si yo soy el sol de España
 y he de iluminar mi luna,
 ¿qué mar, qué tierra pesada
 se ha puesto en medio y no deja
 que penetre esferas altas
 mi luz hiriendo y dorando
 de rosicleres su cara?"
 Sosegué al fin el eclipse
 que la envidia te causaba.
 Llaméte, viniste y yo,
 viviendo en tristeza tanta,
 salgo a alegrarme, y te doy
 con obras, no con palabras,
 la bienvenida. Eres duque
 de Escalona y de Riáza.
 ÁLVARO: Y esclavo del rey don Juan.
 REY: ¿Quién es el que te acompaña?
 ÁLVARO: Juan de Silva, un caballero
 que por sus partes gallardas
 estimo.
 REY: Y aquel traidor,
 este ingrato en cuya casa,
 que ya lo supe, se hizo
 la conjuración pasada
 contra ti, ¿se atreve agora
 a vernos? Ya tengo causas
 para derribarle. En éste
 el castigo no es venganza.
 Sea mi alférez mayor
 Juan de Silva, y porque haga
 luego algún servicio, prenda
 a Hernando de Robles.
 SILVA: Gracias
 de tan gran merced te dé,
 César español, tu fama...
 ROBLES: Señor, ¿en qué te he ofendido?
 REY: En muchas cosas. ¿No basta
 comunicar con naciones
 a mi corona contrarias?
 ¡La hacienda le secrestad!
 LINTERNA: La Fortunilla voltaria
 ha dado patas arriba
 con toda vuestra arrogancia.
 Señor Juan de Silva escuche.
 Crió un villano en su casa
 un cochino y un jumento.
 Al cochino regalaba
 tanto, que al jumento mismo
 daba envidia, que esta falta
 es muy de asnos. Llegó el día
 de San Martín, y escuchaba
 el asno grandes gruñidos.
 Asomóse a una ventana,
 vio al miserable cochino,
 el cuchillo a la garganta,

que roncaba sin dormir.
"¿Para aquesto le engordaban?"
dijo el asno, "Voyme al monte
por leña; venga mi albarda."
Subiste; llegó tu día;
roncando vas tu desgracia;
vuélvome a mi astrología;
ser mozo de espuelas basta.

ROBLES: ¡Bárbaro loco, por vida...!

Vanse ROBLES y SILVA

LINTERNA: Gruñidos son. No me espantan.

ÁLVARO: Honras me das infinitas.

REY: Vivero.

VIVERO: ¿Señor, qué mandas?

REY: Mi camarero sois ya.

VIVERO: Beso tus pies.

REY: Dad las gracias
a don Álvaro; por él
todas mis mercedes pasan;
de él reciben la virtud,
a la manera del agua.
Con mercedes y castigos
se han visto bien gobernadas
las repúblicas.

ÁLVARO: Del orbe
seas singular monarca.

Vanse todos. Salen CATALINA con una carta y JUANA

CATALINA: El infante me ordena en esta carta
que a Trujillo me parta,
villa que el rey nos dio, y quitó a Villena.
Colérico me ordena,
sin duda, esta partida.
Alguna guerra tienen prevenida
el de Navarra y él; y el rey mi hermano
tendrá sosiego en vano
en tanto que mis primos
en Castilla estuvieren. Bien lo vimos
en el año pasado,
que con estar conmigo desposado,
a Castilla turbó paz y sosiego
don Enrique, aunque luego
se redujo a la paz.

JUANA: ¿Qué causa puede
mover a los infantes
y a los grandes que siguen su partido
ahora a nuevas guerras en Castilla?

CATALINA: Sólo ver que concede
tanta mano como antes
a don Álvaro el rey.

JUANA: ¿Siempre no ha sido
lo mismo? ¿Es novedad, es maravilla
que quiera bien un rey a algún criado?
¿Quién no tuvo privado?
En príncipes y reyes
cuantos al mundo dieron justas leyes,
así en sacras historias

como en profanas, ven nuestras memorias
ejemplos tan frecuentes
que son comunes ya a todas las gentes.
¿No ha de tener el rey quien la fatiga
del peso del reinar le sobrelleve,
quien la verdad le diga,
con quien él comunique lo que debe
hacer en las materias más dudosas?
¡Oh, condición humana! ¡Oh, rigurosas
costumbres de los míseros mortales!
Que siempre las envidias son fatales
al que el rey quiere bien; nadie repara
cuán trabajosa y cara
es aquella privanza
si un hora breve de placer no alcanza.

CATALINA: Don Álvaro ha llegado;
quiero dar cuenta al rey de mi cuidado.

JUANA: Y yo, si vuestra alteza
ausenta de palacio su belleza,
licencia pediré. Muerta María,
la reina, mi señora, a quien servía,
¿qué he de hacer?

CATALINA: Doña Juana,
volveráse a casar el rey mañana.

JUANA: Vuestra alteza, señora,
es el dueño que yo venero agora.

Vase CATALINA. Salen ÁLVARO y un EMBAJADOR

El parabién de la venida quiero
dar aquí al condestable.
Esperaré que hable
con este caballero.

ÁLVARO: Digo, señor, que en esto no habrá duda.
Con Isabel de Portugal sin falta
el rey se casará. No lo he tratado
con él, pero está bien el casamiento
a Castilla, y así doy la palabra
al maestre de Abís de que está hecho.

EMBAJADOR: Al maestre diré que vueselencia
le hace esta amistad.

JUANA: (Si no me engaño Aparte
de casamiento tratan. No me han visto;
quiero acercarme más).

ÁLVARO: ¿Es Isabela
hermosa?

EMBAJADOR: Sí, señor, este retrato
lo asegura fiel.

Dale un retrato

ÁLVARO: Quedo agradado.
Al maestre decid que esto está hecho;
la palabra le doy, y a vos la mano.
Las bodas no tendrán impedimento;
prevéngase Isabel mientras yo aviso.

JUANA: (Que siempre la mujer escuchar quiso Aparte
por su daño. ¡Ay de mí! (¿Qué estoy sintiendo?))

EMBAJADOR: Esa respuesta llevo.

Vase el EMBAJADOR

ÁLVARO: Al maestro de Abís amistad debo.

JUANA: Cuando, por haber llegado,
veros, condestable, quiero,
no sé qué he de dar primero,
si el parabién de casado
o el de la vuelta dichosa.
(No siente mucho pesar Aparte
quien puede disimular;
turbada estoy y celosa).

ÁLVARO: Aquí y ausente también
vuestro soy y por vos vivo.
La bienvenida recibo,
mas no entiendo el parabién.

JUANA: (Todo lo concede así Aparte
quien niega lo que escuché.
¡Ay, falso! ¡Ay, hombre sin fe!
Quiero volver sobre mí,
encubramos el tormento,
corazón). En Portugal
sé que os casáis. No hacéis mal,
que es ilustre el casamiento,
y aun es Isabel hermosa;
ese retrato lo diga.
(Desdichada es mi fatiga; Aparte
vileza es ser envidiosa.

ÁLVARO: ¡Quién pudiera no sentir
lo que miro y lo que escucho,
mas no debe de ser mucho,
pues lo he sabido encubrir!)
Este retrato, señora,
podrá responder por mí;
para el rey lo recibí;
su casamiento es agora
el que se trata, no el mío.
Isabel de Portugal
es la consorte real,
cuyo rostro, cuyo brío
ha trasladado el pincel
con tan valiente destreza,
que dejó a Naturaleza
con envidia y celos de él.

Dale el retrato

JUANA: (¿Si me dirá la verdad? Aparte
Sí, que mal será traidor
hombre de tanto valor,
hombre de tanta piedad.
Agora en el alma mía
los celos se han de mostrar;
callarlos supo el pesar,
y no sabrá la alegría).

ÁLVARO: Ésa mi reina ha de ser;
en Castilla ha de reinar.

JUANA: Comencémosla a estimar,
reverencia le he de hacer.
Vengas muy enhorabuena
a los reinos de Castilla,
portuguesa maravilla.

(Todavía me da pena. Aparte
Teme el alma todavía,
que como fue grave el daño,
aunque vino el desengaño,
de su salud desconfía).

Vuélvele el retrato

Tomad, condestable.
ÁLVARO: Agora
saber de vos me conviene.
JUANA: No puede ser, que el rey viene.
No os halle aquí.
ÁLVARO: Adiós, señora.

Vase don ÁLVARO

JUANA: Tanto es este amor, que muero
con el susto y el espanto.
Corrida estoy de amar tanto;
no he de amar, olvidar quiero.
Mas, ¿cuándo se ha pretendido
olvidar? ¡Qué loco error!
Sin querer viene el amor,
sin querer venga el olvido.

Sale el REY con un retrato

REY: Juana.
JUANA: ¿Señor? Tu presencia
deseada de mí está,
que si su alteza se va,
fuerza es pedirte licencia
para irme a Benavente.
REY: ¿Cómo, Juana, cuando trato,
bien lo muestra este retrato,
de casarme brevemente?
¿Irte de palacio? No;
ya se sabe cómo estimo
sangre del conde mi primo.

Siéntase

Presto tendré dueño yo,
y presto tú le tendrás,
nuevo sol y luz de España.
JUANA: (Don Álvaro no me engaña). Aparte
REY: Aquí, Juana, lo verás.
Mira este cielo francés,
a cuyo divino sol
se pone el reino español
por tapete de sus pies.
Resiunda es la francesa
que vivifica el pincel.
JUANA: (¡Ay de mí! ¡No es Isabel!) Aparte
REY: Ésa es la lis, flor es ésa
que hoy elige mi albedrío,
porque lirios soberanos
a leones castellanos
con el aliento den brío.
JUANA: ¿Francesa reina nos das?

REY: Juana, sí; no es maravilla,
que a Francia ha dado Castilla
reinas santas.

JUANA: (Ya no más, Aparte
fiero amor, no más traición,
que mi rabia y mis enojos
arrojan hoy por los ojos
pedazos del corazón.

El engaño siento más
que la traición que me ha hecho;
no cabe el alma en el pecho).

REY: ¿Qué tienes? ¿Adónde vas?

JUANA: Ese retrato, señor,
ha acordado al alma mía
la reina doña María,
y enternéceme su amor.

Bien me quiso, y llanto doy
del alma sin resistir.

(Si hay mayor mal que el morir Aparte
a buscar ese mal voy).

Vase doña JUANA

REY: Aunque más en hielos arda
por accidente o valor,
pienso rendirme al amor
por vos, francesa gallarda.

A nadie dije mi intento,
mas ya que estoy inclinado,
reina sois de mi cuidado,
reina de mi pensamiento.

Sale don ÁLVARO

ÁLVARO: Solo está el rey, y un retrato
contempla con atención;
¿si tuviese otra intención
cuando de casarle trato?

Mal hice en no darle cuenta
primero de mi deseo.

Empeñada en esto veo
mi palabra; mas, ¿qué intenta,
qué pretende, qué imagina,
sin que yo lo sepa? Nada.

Según esto, ni le agrada
el retrato, ni se inclina.

Sospecho que está dormido.

Acércase al REY

Tanto pueden los cuidados
en los ojos desvelados
de un rey sabio y advertido
que, como el sueño es ladrón

de la mitad de la vida,
si ve al alma prevenida,
suele embestir a traición

Este retrato le quito
y le pongo el de Isabel.

Truécale el retrato

despierte o no, porque en él
mi negocio solicito.

Si reina obligada tengo
a mi maña y mi cuidado,
podré vivir descuidado;
hombre es el rey y prevengo
con aquesto otra coluna
que la envidia no derribe,
y en quien la máquina estribe
de mi próspera fortuna.

Retírase. Despierte el REY

REY: Rapto del sueño veloz
venció mis ojos. Pintura,
si a vos, en tanta hermosura,
os falta sólo la voz,
 en el sueño parecidos
habemos los dos estado;
que el hombre es hombre pintado
cuando duermen sus sentidos.
 ¿Qué es esto, Amor? ¿Quién se atreve
a volver sombras oscuras
perfiles de estrellas puras,
líneas de luz y de nieve?
 ¿Qué occidente o mar helado,
qué nube sin arrebol
hurtó de mi mano el sol
y la sombra me ha dejado?
 ¿Qué envidia, qué amor, qué mal
transformó con arrogancia
los bellos liros de Francia
en Quinas de Portugal?

ÁLVARO: (No le ha parecido bien; Aparte
agora, agora, Fortuna,
he menester que en mi luna
tus rayos prósperos den).
Yo fui el mar y el occidente,
yo fui la envidia y la nube
que ese atrevimiento tuve.
Este sol resplandeciente
de Isabel de Portugal,
del maestre de Abís hija,
quise, gran señor, que elija
vuestra majestad real.

Un abismo es de belleza
que al tiempo que la formó
a sí misma se excedió
la Madre Naturaleza.

Compararse a nada debe,
que para su ejemplo son
las estrellas un borrón,
sombra el sol, noche la nieve.

REY: Álvaro, yo me contento
con mi elección y me caso
con la luz en que me abraso
con la vida en que me aliento.

Belleza tan sin igual
pasmame allá a Naturaleza,
bástame a mí una belleza

que merezca hombre mortal.
Dadme el retrato.

ÁLVARO: Señor,
conveniencias de su estado
son las que siempre han casado
a los reyes, no el amor,
no el gusto, no los antojos;
que hacer debe el casamiento
de un gran rey su entendimiento,
no la elección de sus ojos.
Con guerras está Castilla;
Portugal nos dará gente.
REY: También Francia, y tan valiente.
Resiunda es maravilla
de Europa, y mía ha de ser.
ÁLVARO: Gran señor, y si yo he dado,
en vuestro amor confiado,

De rodillas

REY: mi palabra, ¿qué he de hacer?
¿Cómo, don Álvaro, vos
me casáis a mí sin mí?

Levántase

ÁLVARO: Amor suele hacer así
una voluntad de dos.
Confié, engañéme, erré;
pero ya me vuelvo a Aillón
a tomar satisfacción
de mí mismo. Allí estaré,
huyendo vuestra presencia;
pues que sin palabra estoy,
afrentado y triste voy.
Mi error me ha dado licencia.

Hace que se va

REY: Volved acá. ¿Qué es aquesto?
Condestable, ¿dónde os vais?

ÁLVARO: Donde a un hombre no veáis
que su fe y palabra ha puesto
donde no puede cumplilla.

REY: Álvaro, en nuestra amistad
no cabe dificultad.
Reina será de Castilla
Isabel; no os enojéis.
¿Otra vez os desterráis?
Poco, don Álvaro, amáis,
poco a mí me agradecéis.

ÁLVARO: Bésoos los pies, gran señor;
vida y honor me estáis dando.

REY: Condestable, estoy pensando
que, pues cobré tanto amor
a esta francesa, podría
buscarse alguna disculpa
para que no fuese culpa
vuestra palabra.

ÁLVARO: ¿La mía?
No, señor, mejor será

que yo viva desterrado
como un hombre que ha quebrado
su palabra. Goce ya
vuestra majestad, señor,
ese dueño que desea,
y el mundo a mí no me vea.

Hace que se va otra vez

REY: Álvaro, ¿tanto rigor?
Volved acá, por mi vida,
que es ya mi dueño Isabel;
su retrato adoro; en él
tendré el alma divertida.
Y mirad si satisfago
al amor que está en mi pecho,
que los treces os han hecho
maestre de Santiago.
Vos solo seréis caudillo
de mi ejército, y así
partid, maestre, de aquí;
ganadme luego a Trujillo,
que el infante de Aragón,
desde allí fortificado,
grandes huestes ha juntado.
ÁLVARO: Vencerá vuestra razón.
REY: Más amor que tenéis nuestro.
ÁLVARO: Señor, ¿habláis en el caso
de Isabel?
REY: Sí, que me caso
sin mi gusto y por el vuestro.

Vase el REY

ÁLVARO: Hoy ve el curso de mi vida
con esto fija a mis pies
a la Fortuna, si es
Isabel agradecida.

Sale doña JUANA

JUANA: Mal caballero, fementido amante,
desleal y traidor a la fe mía
más cándida, más pura, más brillante
que el rosicler y púrpura del día;
¿en qué varón magnánimo y constante
su veneno vertió la alevosía?
En ti sólo, traidor, ¡viven los cielos!,
que éstos agravios son y no son celos.
Que el rey se casa en Portugal dijiste,
cuando un lirio francés miro en su mano;
un retrato le vi, y otro me diste.
¿Ésta es acción de noble o de villano?
Mentiste, condestable, tú mentiste.
No lo merece Amor, dios soberano,
que del pecho, a pesar de estos enojos,
se asoma a los viriles de los ojos.
¡Plega al cielo, traidor, que derribado,
a fuerza de la envidia diligente,
del supremo lugar, del alto estado,

admiración te llamen de la gente!
Y si envidia causó tu bien pasado,
mayor lástima dé tu mal presente,
desvanézcate ya sin luz alguna
la pompa y majestad de tu fortuna;
 porque yo en Benavente retirada,
sangre de Pimenteles generosa,
de amor, con escarmientos enseñada,
gozaré libertad y paz dichosa.
Y pues que la Fortuna recatada
infeliz me formó, no siendo hermosa,
allí, con mis pesares divertida
contaré las tragedias de tu vida.

No siento tus engaños, sólo siento
que mi imprudente amor se haya atrevido
a salir a la lengua y el tormento,
que el silencio le daba, haya rompido.
¡Ah, mal nacido Amor! Este escarmiento
tu vil facilidad ha merecido;
¡murieras en el alma y no en los labios,
sintiendo injurias y llorando agravios!

ÁLVARO: Atiende, mi señora, al desengaño
de quien la sombra de tu luz adora.
En Francia quiso el rey, que no te engaño,
casarse antes de verme, pero agora
no quiere casamiento tan extraño.
A Isabel quiere ya. Mira, señora,
el retrato francés que te dio enojos.

JUANA: ¡Ay, Dios, si esto es verdad!

ÁLVARO: Sí, por tus ojos.

JUANA: ¡Qué fácil condición tiene quien ama!
Al mar le compararon los poetas,
con celos: una vez airado brama,
muriendo y produciendo olas inquietas.
En globos de cristales se derrama
que parecen diáfanos cometas
y luego en dulce paz y sin rigores
campos de estrellas es, cielo de flores.

Pasó la tempestad de mis enojos;
serenó el desengaño mi semblante.
Borre en mi lengua, pues, borre en mis ojos
tantas quejas Amor, de aquí adelante.
Tributaria de bárbaros despojos
te mire la Fortuna tan constante
que aun el tiempo sentirse apenas pueda
en los vuelcos fatales de su rueda.

Ni recele, ni sienta tu privanza
golpe infeliz de mísera caída,
ni se mire tu luna con mudanza
de los rayos del sol destituida;
ni adquiera en tus desdichas su venganza
la envidia de los hombres, ni en tu vida
nos dejen experiencia las historias
de lo que pueden las humanas glorias.

Pasmo del mundo tu fortuna sea.

ÁLVARO: No es eso lo que yo me he deseado.

JUANA: Pues, tengas lo que esta alma te desea.

ÁLVARO: Ser pudiera con eso desdichado.

JUANA: Siempre Castilla tus hazañas vea.

ÁLVARO: No es ése, no, favor de enamorado.

Si casado no dices, y contigo,

tenme por infeliz.

JUANA: Pues, eso digo.

Vanse, cada uno por su parte. Tocan cajas. Salen el
INFANTE y CRIADOS

INFANTE: Sienta Castilla bizarra,
solamente en su opinión,
las banderas de Aragón
y las cajas de Navarra.

Plaza de armas ha de ser
Trujillo de nuestra gente;
desde aquí, osada y valiente,
a Castilla ha de ofender.

Aprisa marcha mi hermano,
y estando juntos los dos,
pienso domar, ¡vive Dios!,
el orgullo castellano.

La intención he de vengar
que de mi muerte han tenido.

CRIADO: Al condestable has debido
la vida.

INFANTE: Pues libertar
pienso al rey de su poder;
no ha de gobernar todo.

CRIADO: Advierte que de ese modo
ingrato vienes a ser.

El te casó con la Infanta;
la vida después te dio.

INFANTE: Ya su poder me cansó;
esto es mundo, ¿qué te espanta?

Salen un ALCALDE en lo alto y un SOLDADO

ALCALDE: Sepa, señor, vuestra alteza,
que está a peligro la villa;
que la gente de Castilla
viene ya. Esta fortaleza
no teme, porque ha de estar
por el nombre y opinión
de Navarra y de Aragón;
no la puede conquistar
el castellano trofeo,
que es al fin inexpugnable.

INFANTE: Si ha venido el condestable
con el ejército...

ALCALDE: Creo,
según dicen las espías,
que el conde de Benavente
gobierna agora la gente.

INFANTE: En efecto, desconfías.

Mis fuerzas son desiguales,
alcalde, ¿qué me aconsejas?

ALCALDE: Señor, si la villa dejas,
quemado los arrabales,
y a Albuquerque pasas, pienso
que es medio más acertado.

INFANTE: Como aragonés honrado
mostrarás valor inmenso
defendiendo ese castillo;
porque yo, con tu consejo,

a Albuquerque marchó, y dejó
desmantelado a Trujillo.

ALCALDE: Moriré, señor, por vos.

INFANTE: ¿Sois leal?

ALCALDE: Tuyo será.

INFANTE: Freno con esto pondré
a Castilla. Adiós.

ALCALDE: Adiós.

INFANTE: Marche el ejército luego,
y al pasar muéstrase rayo,
que de esta suerte me ensayo
por vencer a sangre y fuego.

Tocan cajas y vase el INFANTE

ALCALDE: La gente que el rey previno
para ir a Granada es ésa
que marchando ves apriesa.
Contra los infantes vino
como saben su intención.

SOLDADO: Cosa es injusta mirar
en Castilla tremolar
las banderas de Aragón.

ALCALDE: Grandes los han alentado.

SOLDADO: Quizá envidiosos están.

ALCALDE: Sin duda es el capitán
el que a la posta ha llegado
al ejército. ¿No ves
que le abaten las banderas
y en ordenadas hileras
le reciben?

SOLDADO: Pienso que es
don Álvaro el general.

ALCALDE: Al ánimo y la fortuna
de don Álvaro de Luna
seré invencible y leal.

Vanse y tocan cajas a marchar, y salen don ÁLVARO, el CONDE
de Benavente, soldados y LINTERNA

ÁLVARO: Decir podré, castellano
invencibles y valientes,
que por el viento he venido;
porque no dudo que fuesen
hijos del viento nacidos
en las riberas del Betis
los caballos que he traído.
El conde de Benavente
bien mis ausencias suplía;
mandóme el rey que viniese
y a Trujillo le ganase.

CONDE: Llana está la villa. El fuerte,
inexpugnable castillo,
difícil parece
de ganar. Aprisa marcha
de don Enrique la gente;
¿seguiremosla?

ÁLVARO: No, conde.
El rey a Trujillo quiere;
démosle a Trujillo.

LINTERNA: Demos.

ÁLVARO: ¿Demos dices? Acomete.
 ¡Ea, escalar el castillo!
 LINTERNA: Atrévase quien se atreve,
 teniendo cara y espaldas
 a ser siempre maldiciente.
 Atrévase cierto novio
 que vi en el tálamo un viernes
 tan animoso y osado
 que, pasando de diez sietes
 la edad de la novia, y siendo
 su hermosura sólo un diente
 y dos ojos que vertían
 uno arrope y otro aceite,
 zurda y calva, el dicho novio
 risueño estaba y alegre.
 Si Dios quisiera que el hombre
 vaya a la guerra y pelee,
 naciera armado del modo
 que el león nace y la sierpe,
 pero si nace desnudo,
 ¿no está claro que Dios quiere
 que guarde bien su pellejo?
 ÁLVARO: Pues al principio, ¿quién teme?
 LINTERNA: ¡Cuerpo de Dios! Al principio
 se nos va entrando la muerte
 por un dolor de cabeza.
 Al principio el mar es leche;
 al principio del diluvio
 estaban todos alegres
 viendo llover y decían,
 "¡Qué buen año ha de ser éste!"
 Acometen las tortugas
 que atrás y adelante tienen
 dos rodelas que las guardan,
 dos conchas que las defienden.
 Acometen los poetas
 de comedias, pues se atreven
 contra los silbos humanos
 de mosqueteras serpientes.
 ÁLVARO: ¿Sois cobarde?
 LINTERNA: Soy discreto.
 ÁLVARO: Su condición me entretiene.
 ¡Ah, del castillo!
 ALCALDE: ¿Quién llama?
 ÁLVARO: Llama, alcalde, quien pretende
 vuestro honor y vuestro aumento.
 El rey de Castilla quiere
 que le entreguéis su castillo.
 ALCALDE: No se gana de esa suerte
 honor, como vos decís.
 Haga el rey que a mí me suelten
 los infantes de Aragón
 el homenaje.
 ÁLVARO: ¿Quién puede
 en tierras del rey don Juan
 tener castillos?
 ALCALDE: Quien suele
 darle guerreras y ser su igual.
 ÁLVARO: No te respondo que mientes,
 villano, por no impedir
 la facción que se pretende.

Retírase, vueselencia;
retiraos todos, y queden
algunos en esa ermita.

Retíranse adentro

Sólo quiero hablarte. Déme
su salvaguardia el castillo.
ALCALDE: Sube, pues, que ya le tienes.
Agria es la cuesta, y quien solo
a esta fortaleza viene
no puede engañarnos.

ÁLVARO: Yo,
señor alcalde, fui siempre
vuestro aficionado, y pues
el rey manda que le entreguen
su castillo, a cargo mío
han de quedar las mercedes.
Salid acá y hablaremos
en este repecho verde
con que este cerco, esta basa
del castillo se guarnece.

ALCALDE: Señor condestable, hablemos,
mas no podéis convencerme
a que yo entregue el castillo.

ÁLVARO: Si los infantes no deben
resistir al rey, ¿por qué
se resiste y se defiende
un alcalde?

ALCALDE: Porque he sido
noble como vos.

ÁLVARO: No siempre
es nobleza ser constante,
porque hay constancias alevés.

ALCALDE: Entregad a Enrique vos
el castillo de Albuquerque.

ÁLVARO: Lo que no debo ni puedo
me pedís.

ALCALDE: Mi dicho es ése.

ÁLVARO: Vos debéis, si sois leal,
entregarlo.

ALCALDE: ¿Quién me excede
en lealtad así? Ninguno.

ÁLVARO: Ya no puedo más, reviente
mi impaciencia. ¿Tú, alcaldillo,
tú, hombrecillo, le defiendes
con valor del rey don Juan?
¡Vive Dios!, que infame muerte
has de llevar. En el valle
rodando has de ir.

Abrázase con él y ruedan abajo

ALCALDE: ¡Socorredme,
los del castillo!

SOLDADO: ¡Quién basta
contra el ánimo valiente
del condestable?

ÁLVARO: ¡Ah, soldados!

Salen todos

CONDE: ¡Muera!
ÁLVARO: No muera, prendedle.
Da el anillo del infante
para que el castillo entreguen,
o morirás.
ALCALDE: Veslo aquí.
ÁLVARO: Suban las banderas; trepen
ese cerro los soldados,
y en las almenas del fuerte
las tremolen.
LINTERNA: Bien rodáis;
sólo cierto amigo puede
rodar mejor con dos bolas.
CONDE: El rey llega; a tiempo viene
quien gozará la victoria.

Sale el REY

REY: Un nuevo soldado tienes,
maestre de Santiago.
Vivir no puedo sin verte.
Tu sombra soy y te sigo.
ÁLVARO: Señor, el cielo prospere
tu persona. Ya es Trujillo
tuyo otra vez.
REY: A Albuquerque
pasaremos a esperar
allí que la reina llegue.
Por ti y por ella he venido.
Álvaro, llamarte puedes
duque de Trujillo. Tuyo
ha de ser, pues lo defiendes.
ÁLVARO: Mirad, señor, que la envidia
vive entre tantas mercedes.
No más, señor, ¡vive Dios!,
que esta merced me entristece.
REY: Prosigamos la victoria.
Haced que marchen, maestre,
marqués de Villena.
LINTERNA: ¡Dale!

Tropieza ÁLVARO. Vale a besar los pies y cae sobre ellos

ÁLVARO: Beso tus pies. Que tropiece
hizo el peso de tus honras.
Detente, dicha, detente.
Fortuna, no quiero más.
A los pies del rey me tienes.

Tocan cajas

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen SILVA y VIVERO

SILVA: Y no sé desde aquel día
lo que en la corte ha pasado,
que me han tenido ocupado
fronteras de Andalucía.
Y aunque las nuevas derrama
la Fama, que éste es su empleo,
nunca soy fácil ni creo
lo que publica la Fama
pues suele mentir y así
de sucesos y accidentes
cualquier cosa que me cuentes
será nueva para mí.

VIVERO: El infante de Aragón
hoy a la paz reducido,
entra en la corte, que ha sido
un generoso blasón
de don Juan no ser crüel
a tantos atrevimientos.
Ya sabes los casamientos
del rey don doña Isabel
de Portugal, que ya vino,
siendo octava maravilla
de las damas de Castilla;
y con ella fue padrino
el rey, prudente y afable,
de don Álvaro; ambos fueron
padrinos que honrar supieron
las bodas del condestable.
Doña Juana Pimentel
fue el favor que la Fortuna
dio a don Álvaro de Luna
más supremo, porque en él
el condestable ha librado
toda su dicha y al fin
la quinta de su jardín
fue el tálamo deseado.
Mas si el sol suele correr
al auge, y de allí no sube,
algunos indicios tuve
de que esto ha de suceder
al condestable, y que ha sido
el auge de su ventura
ser dueño de esa hermosura.

SILVA: ¿De qué lo habéis presumido?

VIVERO: De que, viniendo el infante,
le han de volver sus estados;
y los grandes, incitados
de la ambición arrogante
de don Álvaro, se unieron
a hacer cargos rigurosos.

SILVA: ¿Y vos llamáis ambiciosos

pecho y ánimo que os dieron
tanto honor? ¿Ése es buen pago?
¡Vive Dios, que es inculpable
la vida del condestable,
maestre de Santiago!
Ni arrogante ni ambicioso
en sus obras se ha mostrado;
mas es siempre el envidiado
lo que quiere el envidioso.
De ingrato y desconocido
retaros puedo, y prometo
que a no mirar el respeto
de palacio...

Vase SILVA

VIVERO: Ya ha salido
el rey. Yo responderé
donde os deje satisfecho.
Declaréme. Mal he hecho
mas yo me disculparé.

Salen el REY

REY: ¿Qué hay, Vivero?
VIVERO: Gran señor,
lo que siempre digo. Presto
no tendréis hacienda; y esto
lo sé como contador.
Mucho a don Álvaro dais,
todos los grandes lo sienten.
¡Plega a Dios que ellos no intenten
remedios que vos sintáis!
Remediadlo como sabio.
rico está; basten, señor,
tanta amistad, tanto amor.
REY: ¿Os ha hecho algún agravio?
VIVERO: No, señor, ni de él lo espero.
REY: Ingrato sois.
VIVERO: El criado
a su dueño está obligado.
REY: Bueno está, basta, Vivero.

Salen ISABEL y el INFANTE

ISABEL: Señor, el infante viene
más humilde y más humano.
Suplícoos le deis la mano.
REY: Cuando tal padrino tiene,
mis brazos daré al infante.
INFANTE: Si la reina, mi señora,
me da este favor agora,
bien osaré estar delante
de tu majestad, señor.
Dadme la mano.
REY: Yo estimo
la persona de mi primo;
levantaos.
INFANTE: Sin el favor
de vuestra mano, ¿quién puede
levantarse de su estado?

REY: Tomad, pues.
INFANTE: Ya ha perdonado
quien la mano me concede.
Señor, si algunos enojos
os he dado sin razón,
válgame para el perdón
el sagrado de esos ojos.
Ya arrepentido los vi
y obediente os seré yo;
soldado sí, opuesto no,
primo no, vasallo sí.
REY: Yo lo creo.
ISABEL: Y yo lo fío.
INFANTE: Pues conocéis mis intentos
perdonad si tengo alientos
de aconsejaros, rey mío.
No llevan los grandes bien
tanto favor y amistad
con don Álvaro.
ISABEL: Es verdad.
REY: ¿Y vos, señora, también?
¡Pobre don Álvaro! Creo
que una vez os dio la vida.
INFANTE: No hay obligación que impida
el buen celo, el buen deseo
de que esté tu majestad
en su reino con quietud.
REY: (¡Ah, villana ingratitud; Aparte
que aún se atreve tu impiedad
a una reina y a un infante!)INFANTE: Muchas culpas nos refieren
del maestro los que quieren
que no le tengáis delante.
Señor, oídlas, que es justo;
cargos le quieren hacer.
No es bien dejaros vencer
de la amistad y del gusto.
ISABEL: Y cuando culpa no hubiera,
si las hay, sábelas Dios.
El apartarle de vos,
¿qué inconveniente tuviera?

Sale ZÚÑIGA con una carta

ZÚÑIGA: Ésta mi hermano os escribe.
REY: ¿Quién?
ZÚÑIGA: El conde de Plasencia,
el que, con vuestra licencia,
retirado en Béjar vive.
REY: Levantaos, Zúñiga.
(Tema Aparte
y obstinación de Fortuna
quiere eclipsar esta luna.
Turbado rasgo la nema.)

Lee la carta

"Señor, todos los que aquí firman desean
como leales la paz y quietud de vuestro reino.
Éste está por perderse respeto de gobernarlo
todo el condestable, con cuyo poder tiene cargos

y culpas que se dirán a vuestra majestad, estando él desterrado o preso. Vuestra majestad lo remedie. El rey de Navarra, Pedro de Belasco, Camarero Mayor, don Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia, el conde de Haro, El marqués de Santillana, don Luis de Guzmán, maestre de Calatrava, don Juan de Sotomayor, maestre de Alcántara, Pedro Manrique."

¿Qué es esto? ¡Ah, reino envidioso!
¡Que sea culpa la dicha
y que venga a ser desdicha
el ser conmigo dichoso!
Si el merecer mis favores
no es dicha, sino justicia,
¿qué quiere aquí la malicia?
Como el áspid en las flores,
con capa de celo bueno,
con máscara de fiel,
viene la envidia crúel
derramando su veneno.
Vedme vos.

Vase ZÚÑIGA. Salen ÁLVARO y LINTERNA y el músico MORALES

ÁLVARO: ¿Aquí has venido?

LINTERNA: Soy de buen gusto y curioso.
A la sombra de un dichoso,
¿quién no entró donde ha querido?

ÁLVARO: Tenga vuestra majestad
felices días.

REY: (Si son Aparte
como el de hoy, no es bendición
sino especie de crueldad).

ÁLVARO: ¿No me dais la mano?

De rodillas

REY: (¿Quién Aparte
tales injusticias vio?

Desdicha es quererle yo,
delito es quererme él bien.

¿Posible es que éste se emplea
en culpas? No las espero.
Pues soy sólo quien le quiero,
sea yo quien no las crea).

ÁLVARO: ¿Qué tristeza hay que os suspenda?

REY: (Si yo le di cada día Aparte
aun más de lo que él quería,
mal usurpara mi hacienda.

Si a todos piedad mostró,
que mis ojos son testigos,
¿cómo ha ganado enemigos?
Es envidia, culpa no).

ÁLVARO: Besar la mano osaré,
para mí tan liberal,
sin que vos me la deis.

Retírala el REY

REY: (Mal Aparte
si es culpado la daré).
ÁLVARO: ¿Son tristezas o castigos?
Habladme, señor, por Dios.

Levántase

REY: Álvaro, mirad por vos
porque tenéis enemigos.
ÁLVARO: Si vos no miráis por mí,
mal podré saber el modo.
REY: No todos lo pueden todo.

Vase el REY

ÁLVARO: Todos no, pero vos sí.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¿Han reventado las minas
de la envidia? Si declinas,
presto fue, Fortuna, presto.
Señor infante, en los ojos
del rey he visto mudanza;
en vos tengo mi esperanza;
sabedme si son enojos.

INFANTE: No sé cómo puede ser
que el negocio está apretado.

ÁLVARO: ¿No os acordáis que habéis dado
palabra de agradecer
mi voluntad?

INFANTE: Sí, me acuerdo,
mas, ¿quién basta contra tantos?

Vase el INFANTE

ÁLVARO: Basta Dios, bastan sus santos,
basta mi verdad. No pierdo
el ánimo cuando os hallo,
majestad piadosa, aquí.
Reina sois, volved por mí.
ISABEL: Sed, maestro, buen vasallo,
y eso volverá por vos.

Vase ISABEL

ÁLVARO: Yo os hice sólo en un día
majestad de señoría.
Reina os hice, ¡vive Dios!
El ser me debéis, y así
veros ingrata es consuelo,
pues sé que es obra del cielo,
y que no nace de mí.
Los mismos cielos envían
a un magnánimo este mal
para ejemplo universal
de los hombres que confían
en los hombres, y si vengo
a ser ejemplo del mundo,
aun cayendo en lo profundo,
soy singular, dicha tengo.
Bien sé, Vivero, que aquí
andáis con algún engaño.

Yo mismo labré mi daño;
gusano de seda fui.
Bien conozco en estos modos
que por bien me pagáis mal.

Vase don ÁLVARO

VIVERO: ¡Oíd, oíd!

LINTERNA: ¡Pesia tal!

San Martín hay para todos.

¡Ah, envidia, que eres polilla
de la próspera fortuna!

A don Álvaro de Luna,
condestable de Castilla,
el rey don Juan el segundo
con mal semblante le mira.

MORALES: Cosa es común, mal se admira
de tales casos el mundo.

¿Quién no dio tales primicias
a la Fortuna voltaria?

LINTERNA: Dio vuelta la rueda varia,
trocó en saña sus caricias.

MORALES Quizá el rey la frente esquiva
mostró para algunas trazas.

LINTERNA: El amor en amenazas
privaba, mas ya no priva.

MORALES: ¿Cuándo la Fortuna esquiva
al poder no da esta guerra?

LINTERNA: Ejemplo que da en la tierra
porque el hombre mire arriba.

MORALES: Si hoy parece que declina,
volverá a su ser mañana.

LINTERNA: No hay seguridad humana
sin contradicción divina.

MORALES: Todo pasa y vuela aprisa;
no hay firme y seguro estado.

LINTERNA: Hoy el rey no le a fablado,
miróle de mala guisa.

Tras él voy, porque diría,
"¿Dó está mi lacayo, adó lo?
Dejéronme venir solo
la gente que me seguía."

Vanse todos. Sale don ÁLVARO

ÁLVARO: ¡Oh, casa, humano reposo!

¡Oh, cuántas veces me viste
más dichoso, menos triste,
más fuerte, menos quejoso!

A ti vengo pensativo;
seas en trance tan cierto
tumba de un ánimo muerto,
sepulcro de un cuerpo vivo.

Aquí de Dios, importuno
pensamiento, hablad por mí.

¿Hice bien a muchos? --Sí.

¿Y agravio a quién? --Ninguno.

¿Soy traidor? --De ningún arte.

¿Qué he merecido? --Laureles.

¿Tengo enemigos? --Crüeles.

¿Qué pretenden? --Derribarte.

la imaginación. Prosigue,
muchacho; canta otra cosa.

Cantan

MÚSICOS: Los que priváis con los reyes,
notad bien la historia mía,
catad que a la fin se engaña
el hombre que en hombres fía.
Apenas tuve quince años,
de Aragón vine a Castilla
a servir al rey don Juan,
que el Segundo se decía.

ÁLVARO: Servíle treinta y dos años,
y siempre bien me ha querido.

En pie

¿Cómo agora se ha creído
de mentiras y de engaños?
Pienso que en vano me quejo,
que quizá no eran enojos
los que mostraban sus ojos;
que como el rey es espejo
de toda humana criatura,
los que mi bien envidiaban
en su rostro se miraban
y él mostraba su figura.
Mas si mi agravio sentía
como piadoso y humano,
¿por qué me negó la mano?
Amistad no quería;
retiróla, enojo ha sido;
pero, ¿cómo me ha avisado?
No lo entiendo, estoy turbado;
no lo entiendo, estoy rendido.

Adentro ruido. Salen LINTERNA y
MORALES con la guitarra

ÁLVARO: ¡Ola! ¿Qué es esto?
LINTERNA: No es nada.

Cayó un balcón infiel;
estaba Vivero en él
y dio tal pajarotada,
que como huevo estrellado
hace la figura de Hero.

MORALES: Alonso Pérez Vivero,
a ese balcón arrimado,
esperaba para hablarte;
era antigua la madera...

ÁLVARO: Salir no quiero allá fuera,
no digan que tengo parte
en su muerte; aunque si es
mi dicha toda accidentes,
hoy lo dirán los presentes
y las historias después.

Si para ejemplo nací
de la Fortuna crüel,
lo que fue accidente en él
vendrá a ser desdicha en mí,

LINTERNA: Hacer pienso a esta ocasión
un epitafio.

MORALES: Pues di,
 ¿haces versos buenos?
LINTERNA: Sí,
 respeto de cuyos son,
 porque más agrada al fin
 y más contento se toma
 de ver sobre la maroma
 al mono que al volatín.
 Diré "itinerar" a bulto,
 "númen" y "morbo" diré,
 macarrónico seré
 y habrá quien me llame culto.

Sale JUANA

JUANA: Condestable, mi señor,
 dícenme que habéis venido
 melancólico. ¿Qué ha sido?
 ¿Vos triste, vos sin valor?
 Sólo el hombre sin honor
 ha de turbar el semblante,
 no el magnánimo y constante.
 ¿Cómo se ha de entristecer
 varón que debe tener
 el corazón de diamante?
 ¡Ea! Señor, ¿dónde está
 del ánimo la grandeza,
 del valor la fortaleza?
 ¿Accidente humano os da
 perturbación cuando, ya,
 con la experiencia y los años,
 la luz de los desengaños
 debe alumbraros? ¿Qué es esto?
ÁLVARO: Retiraos.
LINTERNA: Morales, presto
 verás sucesos extraños.

Vanse LINTERNA y MORALES

ÁLVARO: Mi señora, yo he mirado
 que ha sido vuestro valor
 el bien último y mayor
 que la Fortuna me ha dado.
 Principio, aumento y estado,
 y declinación tendré
 como cuanto el cielo ve.
 Comencé cuando serví,
 títulos tuve, crecí,
 vuestro fui, mi estado fue.
 Y si el tiempo y la Fortuna
 a un mismo paso caminan,
 y en ese cielo declinan
 los aspectos de la luna,
 si no hay constancia ninguna
 en cuanto el cielo crió,
 mi declinación llegó,
 ya mi rüina prevengo.,
 Muchos envidiosos tengo;
 la mano el rey me negó.
JUANA: Mi señor, mi bien, mi amigo,
 ni os animo ni aconsejo,

que a vuestra experiencia de
uno y otro; pero digo
que al que es fatal enemigo
no puede la humana suerte
resistir, y el varón fuerte
no tiene cólera alguna
con el tiempo y la fortuna,
con la vejez y la muerte.

Lo que importa es que, en el trance
de cualquier de estos cuatro,
se exponga el hombre al teatro
del vivir sin que le alcance
culpa alguna, y que balance
su virtud y acciones de hombre;
porque cuando más le asombre
fortuna o muerte atrevida,
quitaránle estado o vida,
mas no borrarán su nombre.

Sale LINTERNA

LINTERNA: Subid, señor condestable,
en aquel trotón aprisa;
fugiréis del rey la saña,
porque a prenderos envía.
Inconstantes son los omes,
sus palabras son fingidas,
cautelosas sus mercedes,
y sus falagos mentiras.
Volved los ojos, señor,
a las pasadas ruinas
y furtad el cuerpo agora
a la que vos viene encima.
Tenedes espejos claros
de las pasadas desdichas,
el tiempo vos da lugar,
las señales vos avisan.
A las pasadas mercedes
non miréis, que ya declinan
y entregan un home bueno;
no vos fiéis más. Fugildas.
Y pensad que avedes sido
el extremo de la dicha;
la levantada privanza
vos amenaza caída.
La muerte viene con alas,
puestas las faldas en cinta;
non hay plazo que no llegue
ni deuda que non se pida.
Muchos grandes conocéis
que vos tienen grande envidia;
el rey es fácil, vos solo.
Catad no vos fagan minas.
Non vos sugetéis a fierros
de las cárceles esquivas,
que enemigo aferrojado
más sus contrarios aviva.
No seáis en vuestas cosas
la flor de la maravilla,
que crece al salir del sol
y el mismo sol la marchita.

ÁLVARO: Linterna, ¿qué estás diciendo?
LINTERNA: Como fablo en lengua antigua,
a guisa de nuestos padres,
pensáis que es burla o mentira.
Nuestra casa está cercada,
ya las puertas nos derriban,
gente sube, fugid luego,
que otro remedio non finca.
Cortesanos palaciegos
que entre lisonjas se crían
no guardan los mandamientos
y nos guardan las esquinas.

Salen ZÚÑIGA y gente con armas

ZÚÑIGA: Señor condestable, daos
a prisión.
LINTERNA: A cosa linda
se ha de dar.
ZÚÑIGA: El rey lo manda;
él a prenderos me envía.
JUANA: Huid, señor, mientras yo,
amparando vuestra vida,
fuere cristiana amazona,
fuere segunda Camila.
¡Vive Dios!, que el gran maestre,
condestable de Castilla,
no se ha de dar a prisión
ni sujetar a injusticias.

Toma una espada a uno y acuchíllalos

ZÚÑIGA: Tomad las armas criados.
Señora, en vano porfían
vuestro amor y vuestro aliento.
Cien hombres traigo.
JUANA: A la ira
de mi pecho serán pocos.
Huye, señor, por mi vida.
ÁLVARO: Ni me suelta mi destino,
ni mis discursos me animan,
ni me deja dar un paso
el peso de mis desdichas.
ZÚÑIGA: Esta cédula es del rey;
aquí promete y avisa
que será vuestra persona
salva siempre.
ÁLVARO: No se diga
que si don Álvaro huye,,
algunas culpas tenía.
Ni digan que contra el rey
tomó las armas. Justicia
guardará mi rey; bien sé
que no hallará culpas mías.
Y si el hombre es breve mundo,
obra de mano divina,
pequeño Dios es el rey.
¿Dónde, pues, dónde podía
huir yo de su poder?
Preso voy.
JUANA: Y yo sin vida.

LINTERNA: Yo sin tomar mi consejo.
MORALES: Yo dando lágrimas vivas.

Vanse todos. Salen ISABEL y el INFANTE

INFANTE: Que mengüe luna tan llena
más que a nadie me conviene,
pues los estados me tiene
de Trujillo y de Villena.
Sabe Dios que no deseo
ni su mal ni su disculpa,
y entre el descargo y la culpa,
ni bien dudo, ni bien creo.
Neutral tengo la pasión,
sólo quiero la justicia,
como envidia ni malicia
no causen su perdición.

ISABEL: Que reina por su orden fui
pretende, y es gran rigor
el tener un acreedor
siempre delante de mí;
que deuda grande sería,
y su queja cierta estaba,
viendo que no le pagaba
o que pagar no podía.

Sale el REY

REY: ¡Ya estará el reino contento,
porque jüeces nombré
que examinen bien la fe
y lealtad de este portento
de desdichas!

ISABEL: En la muerte
de Vivero poco habrá
que examinar; claro está.

REY: No muy clara; de otra suerte
agora la han referido.

Sale ZÚÑIGA

ZÚÑIGA: A esta torre traigo preso
a don Álvaro.

REY: Confieso
que si amor me ha enternecido.
¿Preso dijo? ¡Qué rigor!
¡Qué aprisa que le persiguen!
¡Plegue a Dios que no me obliguen
a otra palabra peor!

Dentro ÁLVARO

ÁLVARO: He de entrar.
ZÚÑIGA: No puede ser;
no querrá el rey que le vea
hombre preso.

ÁLVARO: Aunque lo sea;
¡vive Dios que lo he de ver!

Sale fuera

Rey don Juan, rey mi señor,
perdonad si preso os hablo,
que este privilegio tiene
quien está preso en palacio.
Bien os acordáis, señor,
que son ya treinta y dos años
los que os serví con lealtad,
más de amigo que vasallo.
La libertad que hoy no tengo
muchas veces os he dado,
cuando grandes, cuando primos,
niño y hombre os la quitaron.
Recibí grandes mercedes,
no las niego, no, antes hallo
que no ha recibido tantas
ninguno de rey humano.
Nada os pedí, vos me disteis
esta máquina que traigo
encima, de las riquezas
que ya me van derribando.
Si me las disteis, señor,
por darme lugar más alto
de que arrojarme, pregunto:
¿fueron mercedes o agravios?
¿Por qué me hicisteis dichoso
para hacerme desdichado?
Crüel sois haciendo bien;
dando vidas, sois tirano.
Que secrestaron, me dicen,
mi riqueza y mis estados;
todo era vuestro, señor,
todo estaba en vuestra mano.
El hombre vuelve a la tierra,
las aguas al mar salado;
a su centro, a su principio
vuelve todo; no me espanto
que a vos volviese mi hacienda
como a su origen sagrado.
Pluguiera a Dios yo pudiera
dar al mundo ejemplos claros,
que como la merecí
la sé despreciar, y tanto,
que de quitármela siento
sólo que me hayáis quitado
el poder para volverla
con desprecios de Alejandro.
Retirarme quise, ¡ah, cielos!
¡Y quien hubiera imitado
muchos ilustres varones
que imperios menospreciaron!
Por serviros no lo hice;
pensé que agradaba, ¡falso
es el humano discurso!
Erré pero ya lo pago.
Hoy lástima, ayer envidia;
hoy fatiga, ayer descanso;
hoy prisiones, ayer triunfos;
bien se ve que está jugando
la Fortuna con los hombres,
y vos, rey, y rey cristiano,
su instrumento sois. ¿Qué mucho?

Los instrumentos contrarios
y amigos, entre sí mismos,
de su poder blasonaron.
A veces la madre tierra
tiembla y derriba los altos
montes, cuya verde cumbre
se coronó de peñascos;
navega el bajel hermoso
entre globos de alabastro,
y en un instante las aguas
le rompen y hacen pedazos;
poco a poco se nos muestra
la verde pompa de un árbol,
y en un momento es cadáver
a los gemidos del austro;
tarda un supremo edificio
en trepar el viento vago,
y en un instante es ruinas
de la potencia de un rayo.
Monte, bajel, árbol, torre
fue mi vida en vuestros brazos;
agua, tierra, viento y fuego
sois, señor. Crecí despacio
y aprisa me derribáis.
Acordaos de mí, acordaos.
No borrréis la imagen vuestra;
no deshagan vuestras manos
criado que tanto os quiso,
hechura que os cuesta tanto.

REY: (No le puedo responder
con la gravedad y el llanto
de rey, amigo y jüez).
¡Zúñiga!

Aparte

ZÚÑIGA: ¿Señor?

REY: Llevadlo
a Portillo. ¡Ay, infelice!

ZÚÑIGA: Señor condestable, vamos.

ÁLVARO: ¿Hablarme no me queréis?
¿Y menos me habéis mirado?
¿No me dais consuelo, rey?
¡Démelo el Rey Soberano!

Vanse ZÚÑIGA y don ÁLVARO

REY: (¡Qué me obligue a mí el reinar
con quietud al trance amargo
de ver preso al que bien quise!
Mas padecer puede engaño
este amor. Llevarme dejo,
ya fácil o ya cristiano,
del error o del acierto
de mis grandes).

Aparte

ISABEL: No turbaron,
como pensé, los afectos
del rey sus palabras.

INFANTE: Vano
dijeron que era el discurso
contra el destino y los hados
los filósofos gentiles.

Sale un SECRETARIO con recado de escribir

ISABEL: Aquí espera el secretario.

REY: ¿Qué queréis vos?

SECRETARIO: A firmar
los jüeces me enviaron
la sentencia del maestro.

REY: ¿Sin escuchar sus descargos?
¿Son comedia estas acciones?
¿Es nuestra vida teatro
que todo pasa en una hora?
Pero, ¿quién vive despacio?
¡Presto dieron la sentencia!

INFANTE: Los cargos justificados,
bien hacen en darse prisa
sosegando el reino.

REY: Cuando
es la pasión el jüez,
amor propio el abogado,
la envidia el procurador,
¡ay, del reo! No firmaron
reyes con tanto temor.

Toma la cartera y la pluma

¿A qué, pues, le sentenciaron?
¿Le destierran otra vez?

SECRETARIO: A que muera degollado.

Cáesele todo

REY: ¡Válgame Dios, que llegaste,
gallarda luna, al ocaso!
¡Qué tinieblas mereciste,
al fin del camino largo
de tus servicios!

ISABEL: Señor,
¿valor falta en vuestros brazos
para tener una pluma
y un papel, que es justo? Agravio
hacéis a vuestra justicia.

INFANTE: No borren amor y llanto
el blasón de la prudencia.
Si los jüeces nombrados
lo ordenan, firmad, señor.

REY: Con siete letras deshago
lo que en muchos años hice.
¡Qué pueda un hombre en un rasgo
dar la muerte, siendo dueño
del vivir sólo la mano
de Dios! ¿Qué tiranos reyes
a este trance no temblaron?
La pluma es áspid; veneno
es la tinta; el papel blanco
es retrato de la vida;
marchemos, pues, el retrato.
No acierto a escribir.

El INFANTE tiene la cartera. ISABEL le va llevando el brazo para que
firme

ISABEL: Así
moverás, señor, el brazo.
REY: "Yo el rey," diré. ¿Cómo, si es
"Yo el crüel" más acertado?
¿Yo he decir que lo firmo?
¿Yo he de decir que lo mato?

Va firmando poco a poco, turbado

"El" se sigue. "Ellos" diría,
envidiosos y tiranos.
"rey," digo, Dios en la tierra.
Si otros rigen este paso,
¿cómo he firmado "Yo el rey?"
¿Cómo firmé lo que es falso?
Letras, si lleváis borrones,
caracteres sois de encantos,
líneas de la misma muerte,
no os lean ojos humanos.
¡Oh, pluma, flecha con yerba
que disparada del arco
de la desdicha, penetras
dos pechos de cera y mármol!
¿Pluma, pincel que borró
la imagen y el simulacro
de la privanza de un rey,
¡mal os haga Dios!

Arrójalo todo

ISABEL: ¡Qué tanto
pueda en un rey la piedad!
INFANTE: Sentir debe el propio daño;
si era otro él el que muere.
REY: Quien dice que es ser privado
dicha, miente; de la envidia
es un objeto bizarro.

Vanse todos. Salen don ÁLVARO, con cadena, MÚSICO y MORALICOS

ÁLVARO: Un filósofo griego ha dividido
la humana suerte en cuatro, porque es una
la que sigue feliz desde la cuna
al hombre hasta el sepulcro, y otra ha sido
la que infeliz y adversa le ha seguido
del nacer al morir siempre importuna.
Con uno fue piadosa la Fortuna;
tardó y al declinar su voz ha oído.
Con otro tuvo el curso presuroso;
vino a la juventud y le ha negado
a la vejez el gusto y el reposo.
La cuarta diferencia me ha tocado,
y si en el mundo he sido el más dichoso,
¿quién duda que soy ya el más desdichado?

Canta MORALICOS

MORALICOS: Aquella luna hermosa
que sus rayos le dio el sol,
que con un mortal eclipse

pierde luz y resplandor;
en lo más alto subía
del cielo de su valor,
baja a la casa de Toro
y muere en la del León.

Sale el SECRETARIO con la sentencia

SECRETARIO: Don Álvaro, mi señor,
aquí importa la prudencia,
aquí conviene paciencia,
aquí es menester valor.

ÁLVARO: ¿Cuándo permiten que os hable?
"Álvaro" escuchando estoy;
sin duda que ya no soy
maestre ni condestable.

¿Siendo yo el mismo valor,
de valor me prevenís?
¡A gran desdicha venís!

SECRETARIO: Y no puede ser mayor.

A muerte os han condenado,
y ésta se ha de ejecutar.

ÁLVARO: ¿Quién oyéndola nombrar
no ha gemido y no ha temblado?

Deja caer la cadena

¡Válgame Dios! ¡Trance fuerte!
¡Miseria fatal del hombre!
Si me espanta sólo el nombre,
¿qué será la misma muerte?
Un vaso de agua me trae;
porque escucho con desmayo
esta sentencia, este rayo
que del mismo cielo cae;
y la sangre, en tal estrecho,
oyendo el trueno ha temblado
y dejó desamparado
el corazón en el pecho.

La firma quiero mirar.

SECRETARIO: "Yo el rey" dice.

ÁLVARO: ¡Oh, injusta ley!

¡Pobre de mí; si otro rey
no me hubiera de juzgar!
¡Pobre de mí, si en la calma
de mis dichas conocida,
el rey que quita la vida
pudiera quitar el alma!

Sale MORALICOS y un MÚSICO

MORALICOS: Aquí hay agua.

ÁLVARO: ¡Cómo espanta
la muerte con su bramido!
Aunque entró por el oído,
se atravesó a la garganta.
Pasarla quiero bebiendo.

Bebe

SECRETARIO: ¡Sentimiento natural!

MÚSICO: ;Pensión del último mal!
MORALICOS: ;Sabe Dios qué estoy sintiendo!
ÁLVARO: ;Ea! Alentad, corazón;

horror no debéis sentir,
porque el nacer y el morir
actos semejantes son.

Siempre a miserias nacimos,
siempre en miserias estamos,
cuando nacemos lloramos,
lloramos cuando morimos.

El que nace, salir quiere
de un sepulcro; en otro yace.
Sepulcro deja el que nace,
a sepulcro va el que muere.

La cuna es bien y es trabajo,
porque es, sin distancia alguna,
cuando está hacia arriba cuna,
tumba cuando está hacia abajo.

Bien sabéis, Rey Verdadero,
pues sois el original
de mi rey, que es rey mortal,
que por su ofensa no muero;
por las vuestras sí. Hoy asombre
vuestra gran piedad, mi Dios,
que ofenderos pude a Vos
sin hacer ofensa al hombre.

Y ofender como infiel
no puede al hombre, Rey Sabio,
sin que Vos sintáis su agravio,
no sintiendo el vuestro él.

Bien sé que atalaya soy,
que subí desde la cuna
al monte de la Fortuna,
y avisos al hombre doy;
porque se guarde y asombre
diciendo con voz incierta:
"¡Alerta hermanos, alerta!
no confiéis en el hombre.

Sírvaos yo de ejemplo a vos
cuando doy avisos tales:
¡Alerta, alerta mortales,
confiad en sólo Dios!"

SECRETARIO: Escuchadme la sentencia.
ÁLVARO: Sin oírla la consiento.

A MORALICOS

Niño, tu pérdida siento;
huérfano estás, ten paciencia.
Con sólo este anillo vengo,
daréte este último bien
y mi sombrero también,
pues ya cabeza no tengo.

Dale un anillo y el sombrero

Di tú al príncipe jurado
que, a quien sirve con amor,
aprenda a pagar mejor
que su padre me ha pagado.

Vase don ÁLVARO

MORALICOS: ¡Qué este pago le dé el rey!
Hasta mirarle difunto,
no pienso dejarle un punto.
Paje soy de buena ley.

Vase el SECRETARIO

 Tomen ejemplo en los dos
cuando doy avisos tales:
¡Alerta, alerta mortales,
confiad en sólo Dios!

Vanse todos. Salen el REY, el INFANTE, ZÚÑIGA, SILVA y
otros

REY: Fantasmas, melancolías
que me seguís de esa suerte;
sombras que sois sueños y muerte
en que descansan los días,
basten ya las ansias mías.
Dejadme, ¡oh, rigor extraño!
Con verdad o con engaño,
todo es pensar y sentir
que sólo puedo vivir
más que don Álvaro un año.
 Si me cita al tribunal
de Dios y estoy engañado,
que fue siempre el desdichado
tan piadoso y tan leal,
que no me hará tanto mal.
Y ser culpado no espero
permitiendo el trance fiero
con razón o con malicia.
Todos dicen que es justicia
y quebrantarla no quiero.

Sale doña JUANA con manto

JUANA: Rey don Juan, rey de Castilla,
y merecedor del mundo,
en el título Segundo,
y primera maravilla,
a tus pies, señor, se humilla
la misma lealtad, la fe,
la que sin alma se ve
sin don Álvaro, y es ya
sombra de lo que será,
no sombra de lo que fue.
 Rey piadoso, ¿cómo puedes
matarnos con impiedad,
que siendo yo su mitad
el mismo fin me concedes?
¿Desdichas son tus mercedes?
Una de dos, rey airado,
si él erró, tú estás culpado
en darle honor imprudente;
si no erró y es inocente,
¿por qué ha de ser desdichado?
 ¡Ea! Rey, que es singular

la piedad en la grandeza.
La misma naturaleza
pelea por conservar
lo que ha sabido criar.
Imita a Dios, si renombre
pretendes que al mundo asombre,
que antes quiso padecer
que borrar ni deshacer
esta fábrica del hombre.

REY:

(Con el alma enternecida,
entre piedad y rigor,
yo vengo a estar como flor
de dos vientos combatida.
Pesando estoy muerte y vida.
¡Oh, tú, justicia! ¿Aquí estás?
¿Aquí, amor, lágrimas das?
Pelead con esperanzas,
muera, viva en las balanzas.
¡Pesó la justicia más!

Aparte

JUANA:

Dueño mío, no hay piedad;
trofeos de la Fortuna
serán tu pompa veloz
y tu majestad caduca.
Hoy morirás, y tan pobre
que te falte sepultura;
mas no importa, prodigiosas
serán las exequias tuyas.
Los montes serán, del mundo,
pirámides y columnas
de tu risco monumento.
No le igualará el de Numa.
El cóncavo de los cielos
será la fúnebre tumba
que la temerosa noche
con sus bayetas la cubra.
Las estrellas serán hachas
pues son faroles que alumbran
en el entierro del sol,
en la tristeza nocturna.
Lágrimas serán las fuentes
que el mar anhelando buscan,
y las voces de la fama
epitafios que reduzcan
a alabanzas tus desdichas.
Si el rey falta, Dios te ayuda,
porque tan grande varón
no cabe en menores urnas.

Vase doña JUANA

REY:

Movido de aquellas voces,
más piadosas que importunas,
ya que la noche ha salido
tenebrosa, triste y muda,
seguidme todos, seguidme,
y esta acción tened oculta,
porque historias no la digan
a las naciones futuras.
Porque nadie nos conozca,
los que vinieren se cubran
que quiero ver el teatro

donde trágicas figuras
representan mi justicia.
INFANTE: ¿Dónde vas, señor? ¿Qué buscas
por estas calles?
REY: La plaza
donde los hados sepultan
mis mercedes, mis favores,
en agravios y en injurias.
¡Vive Dios, que si no es muerto,
que aunque el reino se conjura
contra él, ha de vivir;
mas ya mi tardanza es mucha!
SILVA: Ya estás, señor, en la plaza
que parece que con plumas
has venido.
ZÚÑIGA: Y allí tienes,
si los ojos no lo dudán,
el espectáculo triste.
REY: ¿Quién habla en él? ¡Oye, escucha!

Descúbrese la mesa enlutada, la cabeza aparte y el cuerpo a un
lado, una vela en un candelero, y MORALICOS enlutado pidiendo

MORALICOS: Dadme, por Dios, hermano,
para ayuda a enterrar este cristiano.
REY: ¡Ay, Luna, luna triste!
Saliste tarde y presto te pusiste.
Nunca a crecer llegaras,
porque si no crecieras, no menguaras.
MORALICOS: Dadme, por Dios, hermano,
para ayuda a enterrar este cristiano.
REY: Si la vida no le di,
¿qué importa la sepultura?
Honras le hiciera en la muerte
pero de hacerlas resultan
inconvenientes agora
que de su bien me descuidan.
Arrepentido estoy ya.
Reyes de este siglo, nunca
deshagáis vuestras acciones
ni borréis vuestras hechuras.
¡Oh, quién a mis descendientes
avisara que no huyan
de los que bien eligieron
para la privanza suya!
Y acabe aquí la tragedia
de la envidia y la Fortuna.
Acabe aquí el gran eclipse
del resplandor de los Lunas .

FIN DE LA COMEDIA

Electronic text by **Vern G. Williamsen** and **J T Abraham**

vwilliam@u.arizona.edu

or

JABRAHAM@ccit.arizona.edu